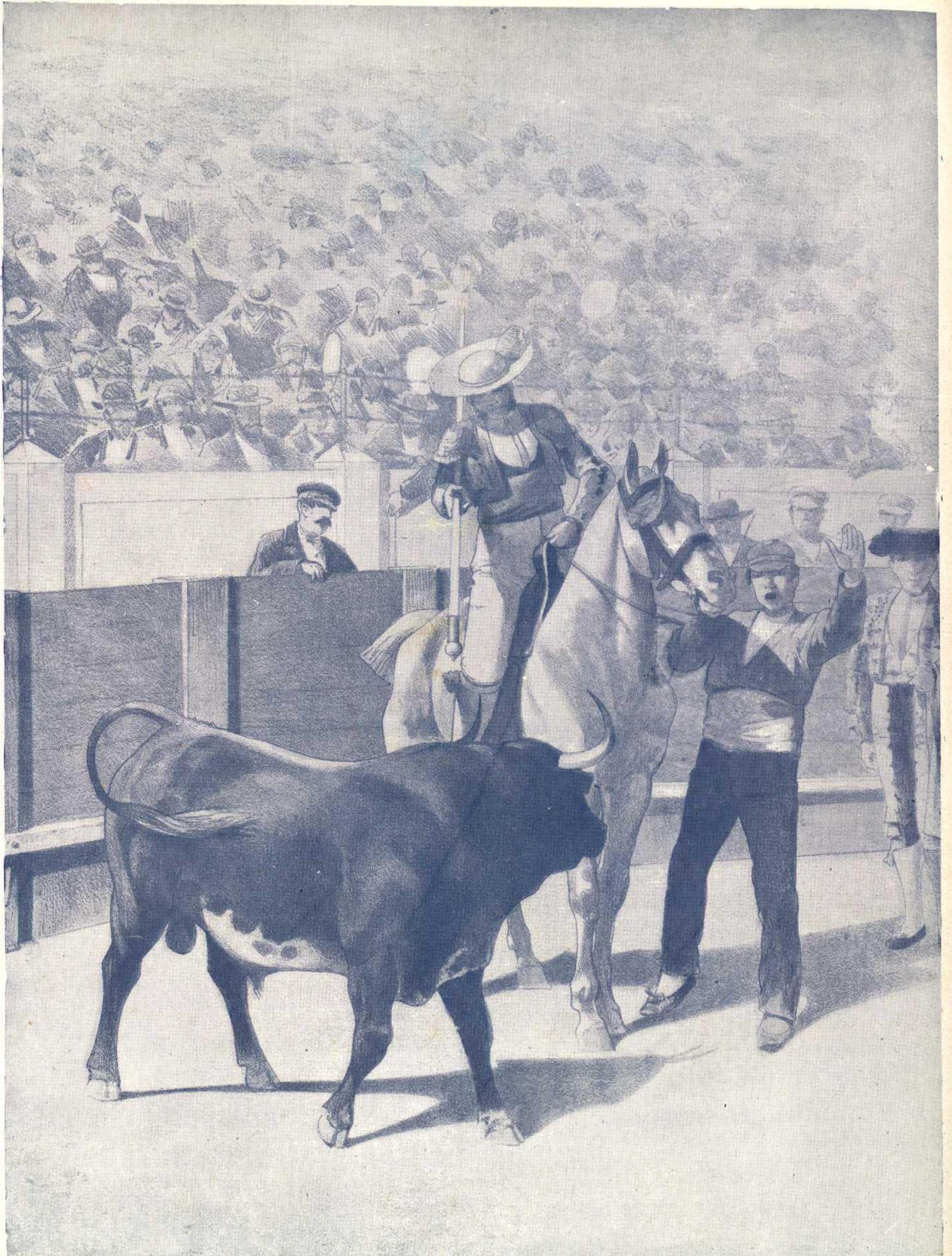


El Ruedo



150
Pts

JAAVEDRA



Un toro tardo

(Dibujo de Pereda)

Ilusión
y tragedia
de la fiesta

La gravísima
cogida de
MACHAQUITO
el domingo
en Madrid

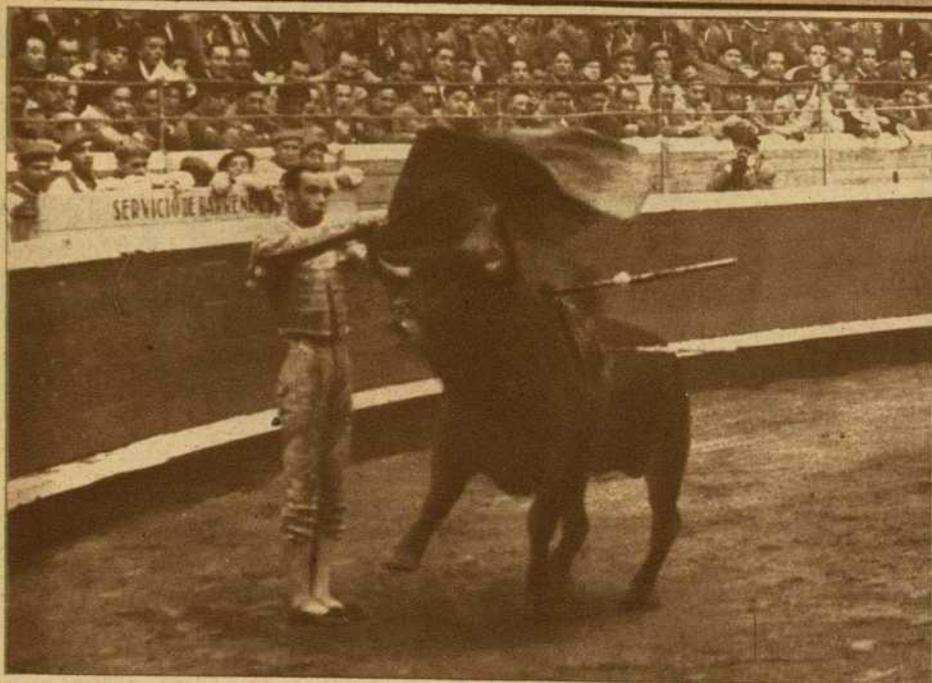
(Fots. Baldomero)

El Puñado

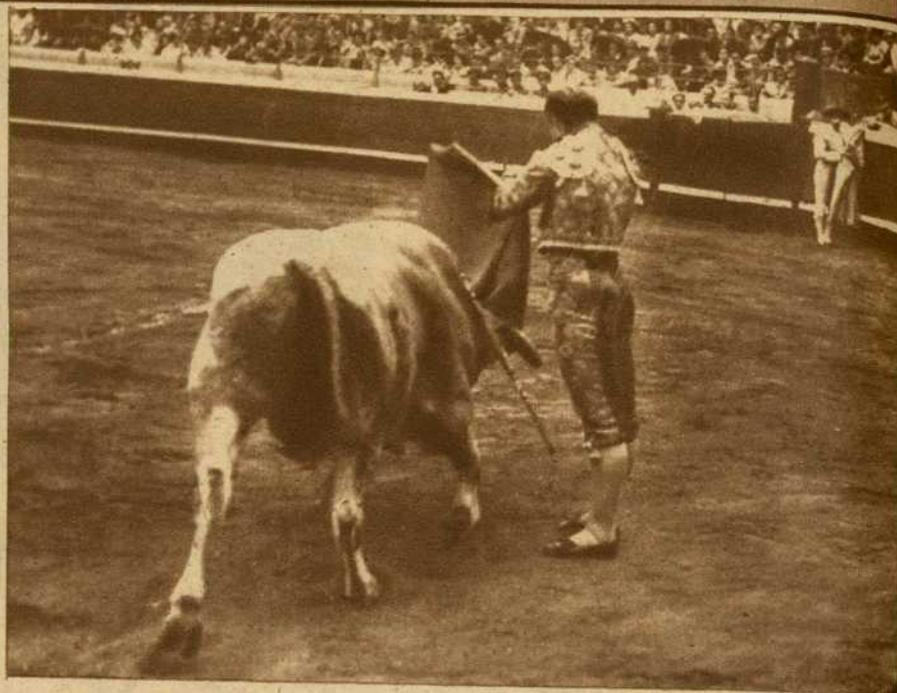


PRIMERA DE FERIA EN BILBAO

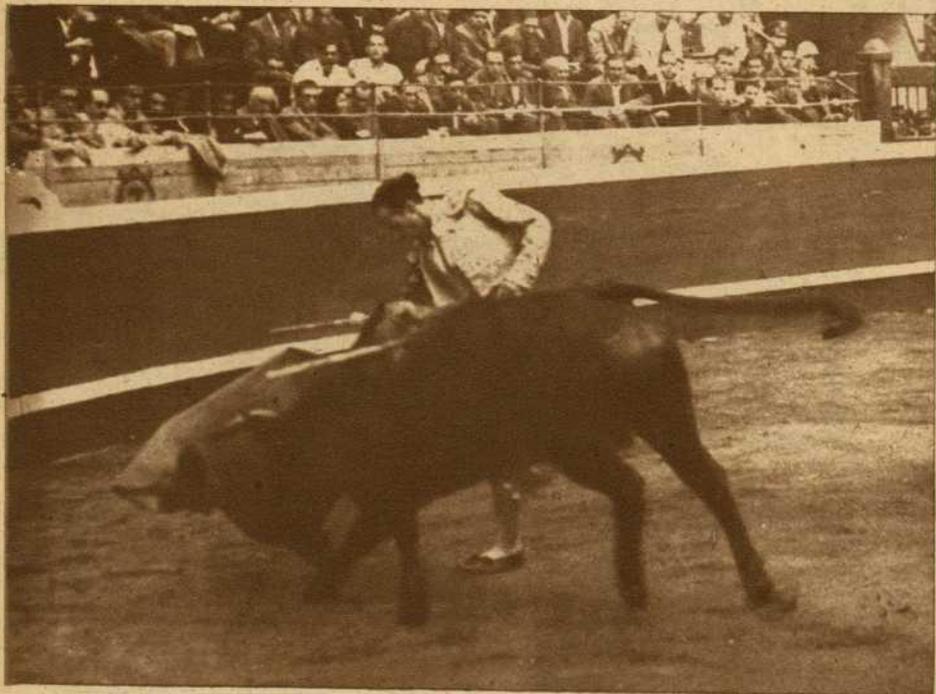
Seis de Pablo Romero para Pepe Bienvenida, El Estudiante y Valencia III



El Estudiante en un gran muletazo ayudado por alto a su primer pablorromero



Valencia III al iniciar la faena con un pase ayudado por alto a su primer toro en la primera de feria de Bilbao



El Estudiante en un muletazo por bajo a su primer toro de la corrida inaugural en la feria bilbaína



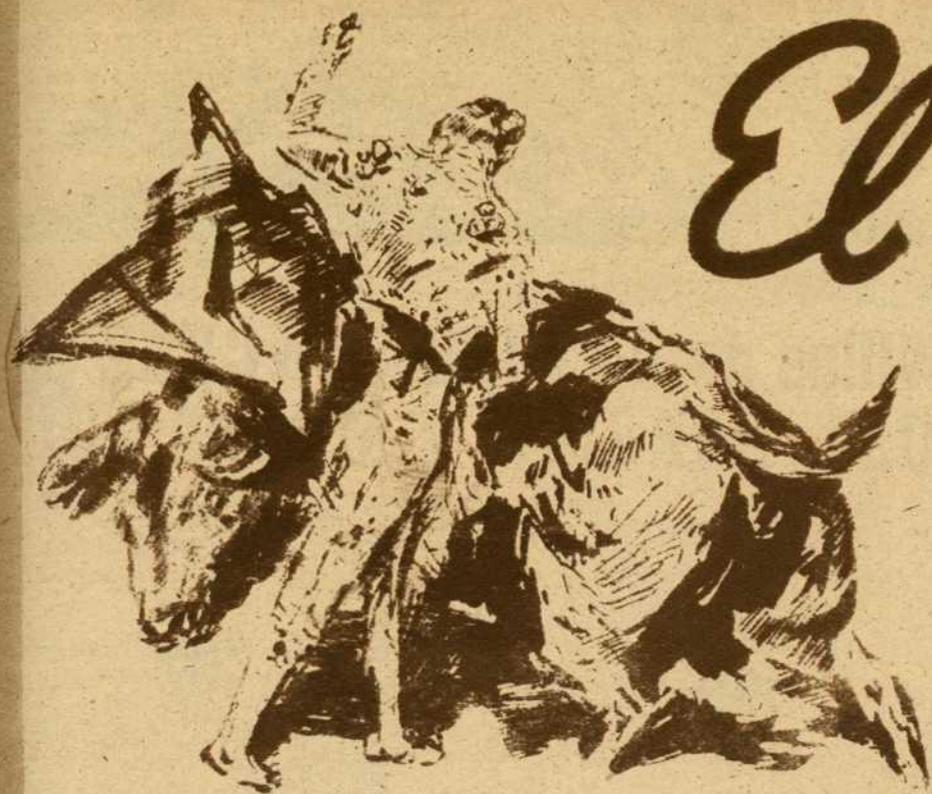
Un adorno de Pepe Bienvenida durante la faena de muleta de su primer toro en Bilbao



Valencia III toreando de frente por detrás después de un quite en el tercer toro en la primera de feria

→ Durante la primera corrida de feria de Bilbao llovió copiosamente. Un aspecto de los tendidos (Fotos Elorza.)





El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

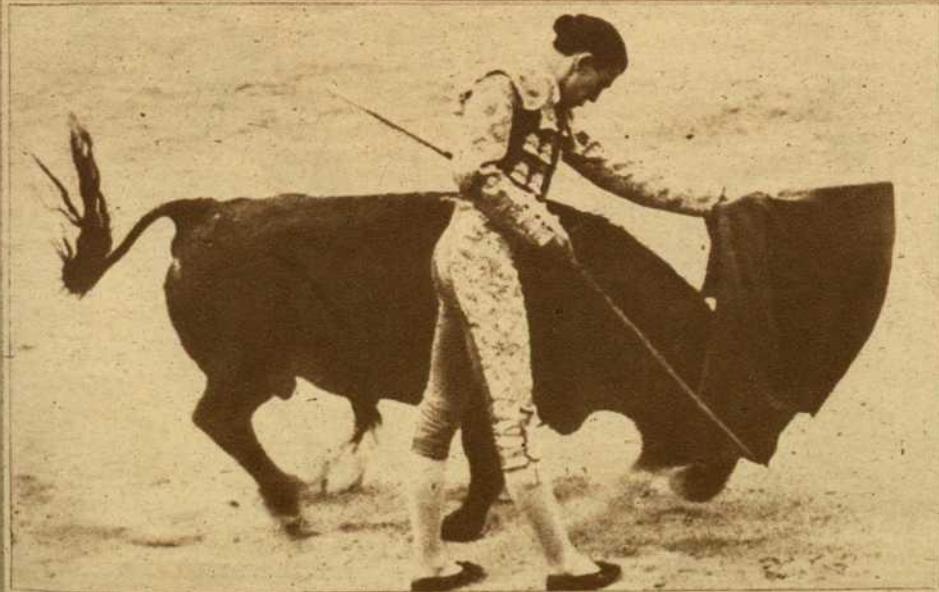
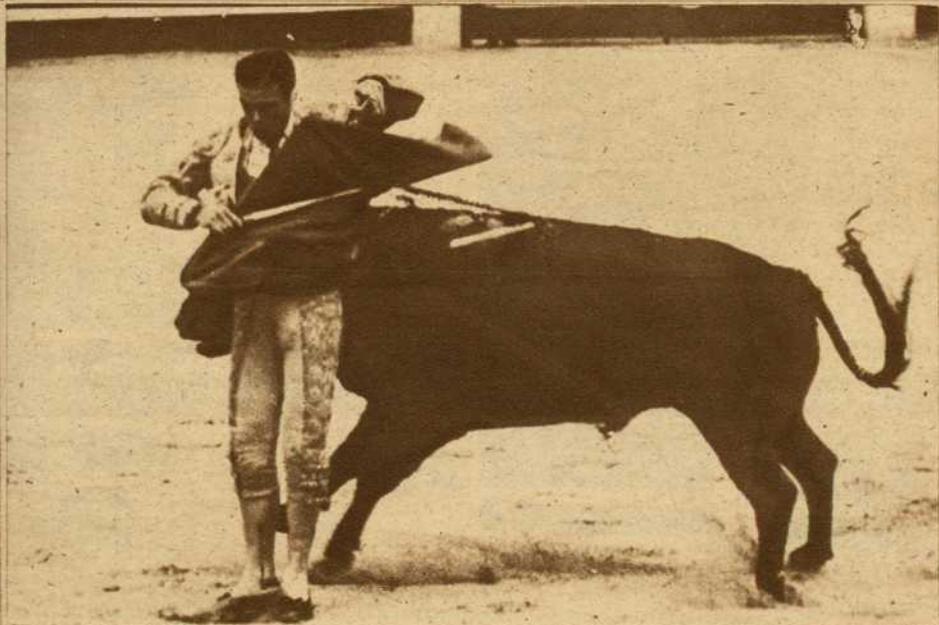
Año I

Madrid, 23 de agosto de 1944

Núm. 11

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID

Arriba: El Choni en un molinete a su primero, del que cortó la oreja.—Abajo: Parrita en un pase por alto con la izquierda al quinto toro, del que le concedieron la oreja. (Fotos Baldomero.)



UN comunicante me dice, en carta por cierto muy amable, que es verdad que Manolote, Ortega, Pepe Luis y El Estudiante componen ahora los "carteles de postín"; pero que antes, en sus tiempos—"tiempos de Bombita o Granero, pasando por Gaura, Joselito y Belmonte"—, ocurría igual, exactamente igual; que los empresarios, también como ahora, buscaban el éxito de taquilla a base de carteles con aquellos diestros o de "bazofia" económica.

Me dejó, de momento, perplejo la simpática carta, hasta que me fijé en lo de "carteles de postín", que es una cosa muy distinta a lo de "carteles únicos". Aquellos

los hubo siempre y tiene que haberlos; pero sin perjuicio de otros carteles de menos postín, buenos, medianos y hasta malos; cada uno con su precio en consonancia, naturalmente, con su clase, que esto es lo que no hacen ahora las Empresas, para desesperación de los aficionados, que tienen que pagar por una moruchada a cargo de tres o cuatro indocumentados el mismo dinero o más que pagaban antes por una corrida o novillada bien compuestas con diestros y ganaderías solventes. Buscaban, sí, el éxito de taquilla, pero sin hacer pagar al público la "bazofia" a precio de manjar selecto.

Ocurría también entonces que era mucho mayor el número de corridas que se celebraban en toda España y había plazas suficientes, por lo menos en ciertas fiestas del año—Corpus, Virgen del Carmen, Santiago, etc.—, para que, tras de las dos o tres corridas de postín posibles de organizar, alternasen en las restantes todos o casi todos los diestros disponibles. "Hoy ha toreado hasta el gato", podía decirse ante la información taurina de un periódico; pero ahora es bien distinto, mi simpático comunicante. Pasar de tres reseñas de fiestas mayores es rarísimo.

Entre tanto, sentados en los tendidos, diestros sin contrata ven pasar la temporada con desilusión, pensando en la mayor fugacidad de las glorias terrenales, porque lo cierto es que muchos de los parados cuentan por éxitos sus actuaciones, y, sin embargo, no encuentran nuevas oportunidades que sirvan siquiera para que los públicos no los olviden.

Pero de todo esto la culpa no la tienen los "carteles de postín"—que siempre los hubo sin menoscabo de la fiesta—; la tienen los "carteles únicos", mal que se apuntaba en temporadas anteriores y que se ha definido en ésta.

La culpa de que hayamos llegado a esta grave y peligrosa situación la tienen las Empresas, la tienen los diestros—más los mejores—, la tienen los ganaderos de toda las categorías, la tienen los críticos taurinos, la tienen los públicos, empezando por el madrileño, y la tienen esos señores que andan en la fiesta sin aparecer por parte alguna.

Más como el espacio se acaba y el tema merece esclarecimientos, los daré cumplidamente en el próximo "Pregon" con las pruebas y ejemplos que pueda aportar.

La corrida del domingo en MADRID



Novillada para torear

NO hay juicio crítico que valga cuando una corrida se quebra por la mitad con una cornada gravísima. Sin insistir en tópicos, el toreo, por desgracia que a uno en estos tiempos, tiene estas cosas, agudadas cuando lo quebrado en sí coincide con que un novillero debutante ponga la vida al tablero, empujado por el valor ardoroso de hacerse sitio en la tosería. No valen las críticas, sino el sentimiento y el dolor de presenciar la cara adusta del toreo, el deber de permanecer lápiz en mano, mientras en la enfermería la vida de un hombre está en el fiel de marcharse. Parece, en fin, que todo ha entrado en los cauces de la máxima gravedad, pero con esperanzas al lado. ¡Menos mal! Nos asimos a éstas con todo el fervor de la simpatía humana hacia Rafael González Machaquito, que en el camino hacia adelante tropezó el domingo con la adversidad más honda de la torería valiente.

Esto aparte, vamos a criticar, que es deber también. La flojedad del ganado de bogano cubre amocadamente unos fallos en la lidia subalterna, que se hacen gravísimos en cuanto el genio y la casta asoman por los chiqueros. Hay demasiado veterano, demasiado adocenado, que se sacan, dentro de la mala nota de cada día, por la escasez de problemas—a veces es sólo el de evitar caídas—que presenta el ganado. Hoy, por ejemplo, se les ha dado a los toros una pésima lidia, que culminó en el tercero, quizá el peor del lote, el que tardó en varar, quitándose el pelo como podía. La puesta en suerte de banderillas avisó al bicho de modo inconcebible. Hacemos gracia de los nombres subalternos, que sólo supieron tirar capotes a la cara, abandonándolos allí. Esto, sus ocho o diez veces. Machaquito había lanceado con valentía grande, duplicada al quitar por faroles. El novillo estaba, tras de la mala lidia, entablado y empujando sobre tablas archiverisiblemente. El valor de Machaquito lo aguantó de rodillas y se ganó el cornalón, que manaba sangre a borbotones, aun ligado en el callejón con el pañuelo que sale en estos casos. El barullo, ya más explicado, que hubo en el quite, y el que reinó cuando El Choni tuvo que trastear, fué desenfocadísimo y lleno de ahogo y malísima lidia. Ni el mismo espada acertó a cambiar terrenos, y entre el corro de peones anduvo achuchadísimo. La buena voluntad, amigos subalternos, no basta, ni con mucho, y en cuanto saiga un ganado codicioso y de casta van a estar en el aire muchos comadras. Lo dicho, veteranos o adocenados, sin «puesta» para lidiar de verdad. ¿Me quieren decir us, tades qué peones jóvenes van saliendo? Más allá de tres o cuatro, el vacío es desolador.

Ya se ha cargado una de las poquísimas faltas de la labor del Choni. La otra, un mínimo desacierto en la espada, en el de la oreja y en el descabello del cuarto, tras de una faena buenisima a cien codos por encima de la oreja. Salvo esos lunareillos, ha hecho cosas que podían dotarse a nombre de uno instalado hace años entre los matadores de toros. Porque aprovecha su primer toro—ya es difícil aprobar un novillo de vuelta al ruedo—, al que si le sobraba nobleza, le sobraba bravura, y que toreó de capa y muleta por los caminos del toreo valiente y lucido, espectacular en suma. La faena tuvo el mérito de hacerla a un toro de bandera para el ganadero, con el que tantos han fallado. Los dos primeros viajes del pincho hicieron que la oreja y la vuelta quedasen sólo con justeza ganada en las verónicas del quite, en la serie al natural y en el pase de pecho, en los redondos, y, sobre todo, en la seguridad muleteril del adorno, muy puesto en terrenos, piernas y soledades. Pero en lo que sí me gustó, más aun fué en su labor de muleta al cuarto, que lidió como francamente no sospechábamos: bien, bien, bien, valiente, eficaz y segurísimo. ¡Por bajo, tirando sobre afuera, en trinchera—dos pases muy buenos así—y sin perder la cara y la pelea un momento. Tuvo culminación la faena, ya metido el toro en ella, en cuatro redondos prietos emocionantes, hechos tragar a fuerza de lidia presente y precedente. La espada bajó el tono de lo que no vacilo en reputar una de las faenas más meritorias de la temporada, de más lidia verdad de las que se vieron.

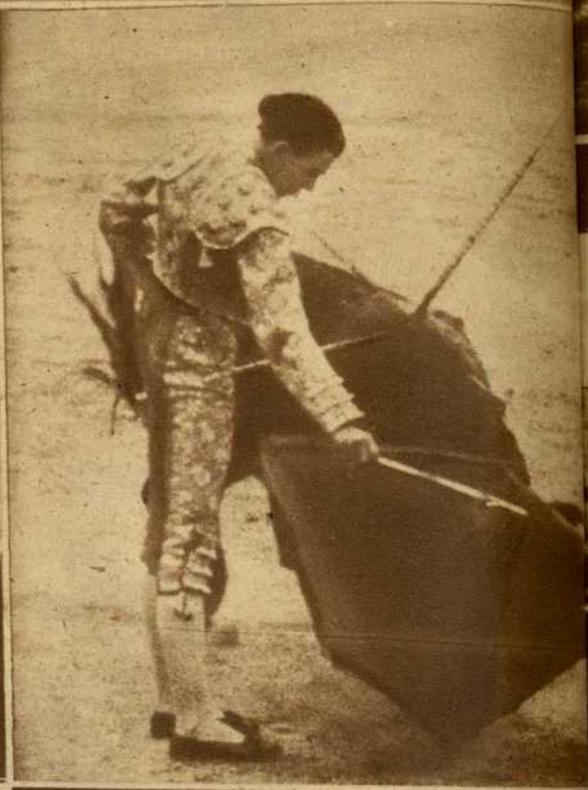
Lo que no aparece tan fácil es el estilo y personalidad de Parrita, estumada en la imitación y en el calco. Bien es verdad que sus condiciones físicas le imponen algo forzosamente el camino, y que su modelo estético es una grandísima cosa en el toreo de hoy. Pero cuando no se logra la copia aparece desvaído, borroso. El domingo, con el capote casi siempre y en dos faenas de muleta. Valentía, aguante en terreno, pero siempre prestos y afinados a una forma y una manera no lograda aún, pues los brazos no han aprendido de todo el juego, y a veces no despegan al toro en las suertes. Ahora, lo logrado tendría gran cotidad si no hubiese precedente y modelo insuperable. La faena al quinto, llena de buenos pases en el toreo al natural y redondo, fué larga, como de obsesión por algo que llevaba fijo antes de tomar la muleta. Bien, muy bien, pero ¿qué trae Parrita como Parrita?

EL CACHETERO

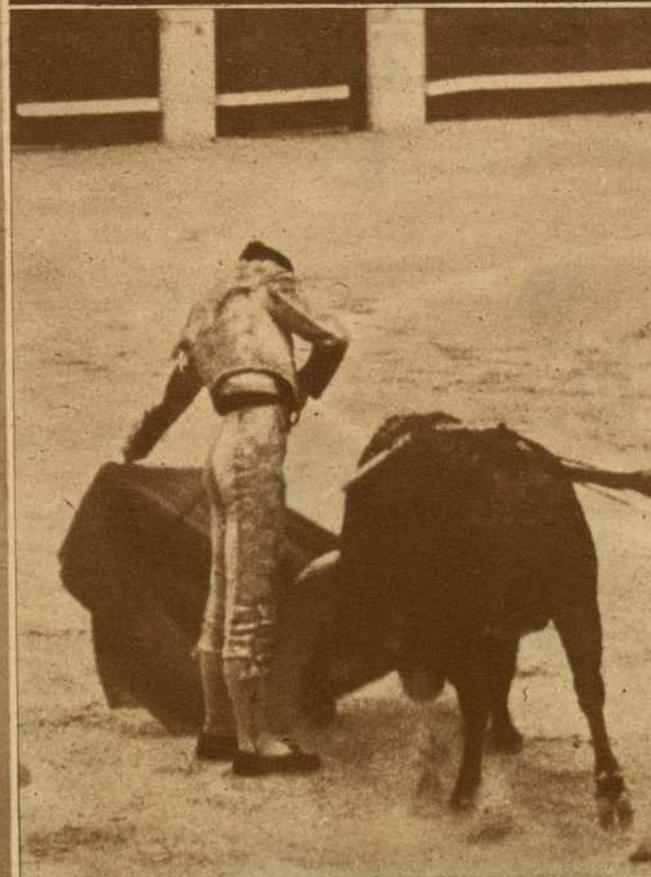
Seis novillos de ARTURO SANCHEZ para EL CHONI, PARRITA y MACHAQUITO



El Choni, en la faena de su primer toro, dando un pase en redondo



Parrita en su segundo novillo, en un pase por bajo con la derecha



El novillero valenciano en un natural con la izquierda a su segundo



Machaquito rematando con una rebolera un quite al segundo de la tarde

FOTOGRAMAS DEL DOMINGO



El Choni en el callejón momentos antes de dar comienzo la corrida



El debutante, Machaquito, charla con unos monosabios antes de salir al ruedo



Agustín Parra, Parrita, posa para el fotógrafo al llegar a la Plaza de las Ventas

Después de la corrida **Hablan EL CHONI y PARRITA**

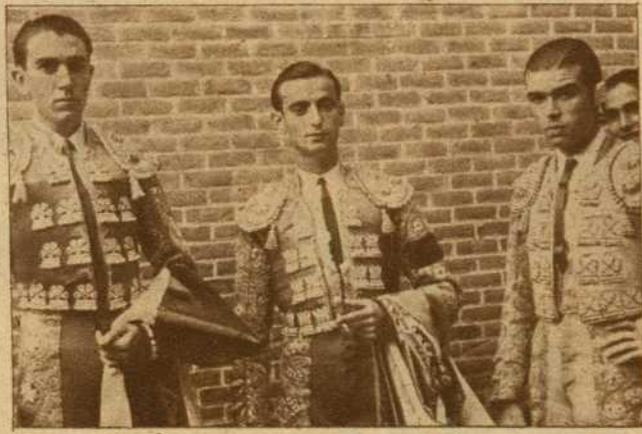


EL CHONI

ENFUNDADO en su batín, Jaime Marco escuchó complacido el comentario de su actuación, leído por el locutor de Radio Nacional. Antes de que pasara al comedor para cenar en compañía de su apoderado don Carlos Cuadrado y de los familiares de éste, El Choni nos expuso sus impresiones en los términos siguientes:

- El primero de don Arturo resultó bueno, aunque a mi juicio anduvo con excesivo genio.
- ¿Cómo explica el que le cogiera al entrarle a herir por primera vez?
- Son momentos en que todos pueden explicárselo menos el torero. Una causa bien pudiera ser mi deseo de hacer la suerte despacio; tardé en reunirme con el toro justamente cuando éste iniciaba el derrote, y no tuve tiempo de hacer la salida.
- ¿Y el tercero?
- Ni yo ni ninguno de mis compañeros pudimos sustraernos a la dolorosa impresión que nos produjo el gravísimo percance de Machaquito. Este muchacho, llevado de su gran valentía, no quiso tener en cuenta que el toro arrollaba y se vencía mucho por el izquierdo, y al citarle en posición forzada por ese lado, ocurrió lo inevitable.
- ¿Cómo llegó el toro a sus manos?
- Muy entero, al ser poco castigado en varas. Después, con la lidia un poco embarullada por el desgraciado suceso, el toro fué a peor; tenía ganas de coger, y menos mal que lo cace pronto.
- ¿Qué nos dice respecto del cuarto novillo?
- Este fué bueno, pero muy tarde y también provisto de sentido. Porfié con la muleta; pero el bicho se fijaba más en mí que en el trapo; se revolvía pronto, con excesivo nervio.
- ¿Su impresión de conjunto?
- Por lo expuesto, pueden ustedes deducir que no he salido contento del todo, pese a haber cortado la segunda oreja en Madrid...

Jaime Marco, dispuesto para iniciar el paseillo



Los tres matadores, en espera de que el clarín suene (Fotos Manzano.)

PARRITA

El torero de Lavapiés se hallaba acostado en su domicilio, un hogar donde la humedad no está reñida con la pulcritud. Parrita tampoco se hallaba muy satisfecho de sí mismo. Nos dijo que su primero se le quedaba debajo, por lo que en varias ocasiones tuvo que enmendarse. Cree que de haberse extendido en la faena de muleta, luego le hubiera sido muy difícil quitárselo de encima al humillar la cabeza cada vez más. El quinto novillo de la tarde embestia bien, pero no seguía la arrancada. A fuerza de porfiar logró que le embistiera; pero estas embestidas resultaban largas, por lo que la faena perdió la ligazón, deseada por el matador. —El último— continúa Agustín— tenía mucho genio y se defendía con impetu; como no parase en su querencia de irse para los terrenos de adentro, hubo de ajustarme a la lidia que esta clase de novillos requieren. Finalmente, un hecho curioso: hoy toreaba Parrita su vigésima corrida y fué a cortarle la oreja a un toro marcado con el mismo número.



Parrita, a su llegada a la Plaza de las Ventas

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



LLEGA a la Plaza la «jardineira» muy cargada con el peso de los picadores que parecen gordos y barrocos ídolos de oro.

Las guapas estrellas de cine están en barrera exactamente igual que en un primer plano.

Cruza por el cielo un avión con el «polizón» que se ha quedado sin entrada y no renuncia a ver un pedazo de la corrida.

No se sabe si es la hora en punto del reloj o el pañuelo del presidente el que hace sonar los timbales como cuando se pulsa un timbre.

En lugar de «si el tiempo no lo impide», esta tarde habría que decir en los carteles algo más rotundo, por ejemplo: «Aunque la tarde amenace lluvia».

Sale el primer toro, y está tan bien armado que se puede escribir: «El rumor del público se eleva en alas de los cuernos».

Choni lleva dos parches: uno, del luto, en la bocamanga, y otro, blanco, de algodón y esparadrappo en la oreja. Pero el muchacho se estira como los buenos, con ese mismo estirón de techaos pa alante que tienen los verdaderos flamencos cuando hacen el son del cante grande.

Parrita, que debería apodarse Parrazo, es tan grandullón, tan corto de tronco y tan largo de zancas, que sobresale excesivamente de los burladeros, y cuando quiere imitar a Manolete, su imitación se parece a la que pudiera hacer Llapisera.

Luego tiene Parrita un desplante, y cuando algunos espectadores le decimos que no estamos conformes con la concesión de la oreja, la arroja al suelo. Pero al llegar a la barrera pide a un peón que recoja el peludo atributo y se lo entregue al mozo de estoques. Entonces todo era teatro, ¿eh?

El segundo novillo se quería comer la montera del brindis, caía en la arena como si fuera el negro pasto de su bravura.

La arena de la Plaza se hilvana de capotes caídos.

El cuarto novillo quiso clavar a un caballo contra la barrera exactamente igual que el entomólogo clava la mariposa que quiere diseccionar en su tablero.

Cuando va a llover, la gente se sacude el polvo con los pañuelos como si pidiera la oreja para los espectadores.





El debutante en Madrid, Machaquito, después de la impresionante cogida sufrida al iniciar su faena con un pase de rodillas junto al estribo, es conducido en brazos de las asistencias a la enfermería. (Foto Manzano.)

La gravísima cogida de MACHAQUITO el domingo en Madrid

Al infortunado novillero madrileño le fué administrada la Extremaunción al entrar en la enfermería

Alegre y despreocupado estuvo Rafael la víspera de su debut en Madrid. Hablamos con él para hacer el reportaje de su presentación en la página taurina de MARCA, y pudimos comprobar su excelente humor y su satisfacción al conseguir llevar a la realidad su sueño más ambicioso.

En un céntrico café, rodeado de su apoderado y de la mayoría de los subalternos que habían de auxiliarle, ni por un instante Rafael González se sintió abrumado por negros presentimientos. El creía que con el reciente fallecimiento de su padre se había acabado la racha de infortunios. Hacía unos días que todo le salía a derechas: facilidades para debutar en Madrid, y, lo que es mejor, figurando en un cuidado cartel, con un ganado del que sólo excelentes impresiones tenía, y acompañado de las más prestigiosas figuras del actual plantel de novilleros.

Un banderillero que le acompaña desde las primeras carreras por las capeas recordó a su maestro que el domingo iba a torear su corrida número 13, y Machaquito, atajándole rápido, dijo:

—Ese número tiene para mí tanta importancia como el 12 o el 14. Así es que dejaros estar de fatalismos y de supersticiones ridículas. Mañana, cada uno a cumplir como buenos, y yo a procurar colocarme, pues mejor ocasión no la tendré en la vida.

LA COGIDA

Desde que salió el tercer novillo pudimos comprobar que no iban a quedar en meras palabras las afirmaciones que habíamos recogido de labios del muchachito torero del barrio de Lavapiés.

Tres verónicas ceñidísimas fueron el preludio de un quite por faroles escalofriantes. En los tendidos, con las primeras ovaciones para el torero, surgieron los comentarios halagüeños y el convencimiento de que asistíamos a la aparición de un nuevo valor.

Tras del brindis a un amigo que ocupaba un sitio en un buradero del callejón, como el toro estuviera por los médicos, Machaquito ordenó a sus peones:

—¡Cerrármelo y marchaos todos!

Y como quiera que la operación se hiciera un poco larga, el espada, impaciente por dar principio a la faena, gritó:

—¡Basta ya! ¡Me lo vais a echar a perder!

Y sin más dilación, estando el toro en tercios del 8, se

hincó el torero de rodillas frente al 9 y provocó el pase. El diablo hay que hacer constar que fué a más desde que salió de los chiqueros, y a juicio de muchos expertos aficionados, y aun de algunos toreros, había sufrido un castigo muy relativo. Por si fuera poco, durante la lidia, varias veces demostró el astado vencerse del izquierdo, por cuyo defecto Machaquito estuvo a punto de sufrir el primer disgusto en una colada al rematar su quite por faroles.

Estando, pues, torero y toro en la situación descrita, se arrancó fuerte el animal, y bien por el inconveniente citado o porque el torero levantara el engaño antes de tiempo, el caso fué que el toro hizo presa en el torero, clavándole el pitón izquierdo con un hachazo rápido y profundo. Quiso incorporarse Rafael, y el toro volvió a hacer por él, pasando esta vez por encima, sin herirle. Acudieron El Chacni y Parrita en socorro de su compañero y se llevaron el toro. Mientras, el herido se incorporó por sí solo, y al ver cómo le brotaba la sangre por la ingle, dió unos pasos y hasta inició el salto de la barrera. Allí lo recogieron las asistencias y, ya sin sentido, lo trasladaron a la enfermería. En el público quedaba la impresión de que la cornada era de gravísimas consecuencias.

EN LA ENFERMERIA

Inmediatamente nos trasladamos a la citada dependencia. Para evitar el acceso de los curiosos habían echado las puertas divisorias. Unos guardias nos franquearon el paso, previa identificación.

En el vestíbulo de la enfermería se encontraban un hermano mayor y un tío del infortunado diestro. Ambos se hallaban muy impresionados por las primeras noticias que acababan de recoger, las cuales no podían ser más pesimistas. Por ellos supimos que el herido había ingresado en el quirófano casi en período agónico, carente de pulso y con la pupila dilatada.

Con toda celeridad, el doctor Jiménez Guinea y sus colaboradores se aprestaron a suministrarle tónicos e inyectables para hacerle reaccionar. Fueron momentos decisivos para una vida que se extinguía. Por indicación del cirujano, el señor capellán de la Plaza procedió a administrar al torero los últimos Sacramentos. En el quirófano se personaron el gerente y el representante de la Empresa, ofreciéndose para todo cuanto hiciera falta.

Al fin, al cabo de media hora de mortal incertidumbre, pareció que el torero se reanimaba ligeramente. Entrecabrió los labios y llamó a su madre. Antes de que lo anestésicaran suplicó tuvieran a su madre alejada de cuanto allí estaba ocurriendo.

Dos horas largas duró la cruenta operación. Pasados los primeros efectos de los anestésicos, el herido comenzó a quejarse de agudísimos dolores. Con los mayores cuidados, a las nueve y media de la noche fué trasladado en un coche-ambulancia al Sanatorio de la Asociación.

EL PARTE FACULTATIVO

El informe que el doctor Jiménez Guinea suscribió decía así: «Durante la lidia del tercer toro ha ingresado en la enfermería el diestro Rafael González (Machaquito), presentando herida por asta de toro situada en triángulo escarpi del lado derecho; interesa piel, tejido celular y aponeurosis femoral; abre el conducto crural, contusionando los vasos femorales y produciendo grandes destrozos en músculo pectíneo y adductores, ligamentos de Gimbernat y de Falopio y cordón espermático, y siguiendo la trayectoria de los vasos ilíacos externos, contusiona también los referidos vasos y el peritoneo perviano hasta la bifurcación ilíaca primitiva. El herido ingresa en estado de intensísimo shock. Pronóstico gravísimo.»

NOTICIAS POSTERIORES

El director de los servicios médicos de la Plaza confirmó el lunes, de madrugada, la gravedad del parte que acababa de suscribir y manifestó que no podría ser más explícito hasta pasados dos o tres días, esto es, hasta que se descartase el peligro de posibles complicaciones, que, de producirse, serían fatales.

A las dos de la madrugada volvimos a inquirir noticias del estado del infortunado diestro. En el Sanatorio nos informaron que acababan de hacerle una transfusión de sangre, para compensar la mucha que había perdido. Continuaba aquejado de fuertes dolores y bajo los efectos de una temperatura muy elevada. Al lado del herido se encontraban los familiares antes citados, su apoderado, don Rafael Torres, y algunos elementos de la cuadrilla.

El Ruedo

OREJAS PARA ALVARO DOMECCO, ORTEGA, MANOLETE Y BELMONTE Y ARRUZA EN SANTANDER PEPE LUIS EN GIJON



Domecco

EL REJONEADOR JEREZANO OBTUVO UN GRAN TRIUNFO

SANTANDER 20 (Mencheta).—Un toro de Domecco para Alvaro Domecco y seis de Pablo Romero para Juan Belmonte, Carlos Arruza y Antonio Belmonte.

Domecco clava tres rejones superiores y después, tras pasar de banderillas coqueales. Con el de muerte entra tres veces. Echa puya y mata de una estocada superior. (Ovación oreja y vuelta.)

Primeramente Belmonte da cuatro verónicas superiores escuchando palmas. También se hace aplaudir Arruza al quitar por chicolinas. Con la franja, Belmonte empieza la faena con cuatro ayudados por alto; sigue con la derecha en redondo, aguantando. (Ovación y música.) Hay una manolita y un molinete que se jaban. Mala de media delantera. (Palmas.) Segundo.—Arruza se adorna con el capote. (Palmas.) Con las ban-



Belmonte

derillas coloca un par cuartando; que se aplaude; luego, dos superiores y por último, uno al cambio, magnífico. Brinda al público, y empieza con uno de pecho; luego por bajo y de rodillas. En uno de pecho se trompea sin consecuencias. Sigue por natural y con la izquierda entre ovaciones y música. Un pinchazo y una estocada que mata. (Ovación, orejas, vuelta y salida.)

Tercero.—Belmonte lo recoge con unas verónicas suaves. En el toro de quites se aplaude a los tres matadores. Bienvenida realiza la faena en el centro de la Plaza por ayudados, de pecho y por alto con la derecha. Da verónicas con la izquierda. Una estocada y desca-bella al primer intento. Cuarto.—Belmonte se hace aplaudir con la capa. Belmonte hace una faena superior, con pases en redondo, naturales y de pecho, molinetes, manolitas y afarolados. Un pinchazo superior y una estocada. (Ovación, orejas, vuelta y saludos.) Quinto.—Arruza coloca tres pases

de banderillas imbricadas. Con el trapo rojo brin-da por alto y de pecho con la izquierda, y al iniciar un natural, el toro le engancha y suspende sus consecuencias. Se en-corajina, y de rodillas da varios pases, cogiendo al toro de los pitones en un charde de valor. Tres pinchazos y el descabello. (Ovación.)

Sexto.—Bienvenida inicia la faena con dos pases de rodillas. En pinche por naturales y en redondo con la derecha, molinetes, manolitas y rodillazos, que son ovacionados. Dos pinchazos y media estocada. (Ovación.) El peso en canal de los toros lidiados en la corrida de hoy fue el siguiente: 215, 302, 233, 278, 277, 274 y 265 kilos, respectivamente.

El diestro cordobés se hirió en la mano con una banderilla



Manolete

GIJON 20 (Mencheta).—Se lidiaron seis de Atanasio Fernández para Ortega, Manolete y Pepe Luis.

Primeramente Ortega liga tres verónicas y media. (Palmas.) Dos varas, y Ortega se hace aplaudir en un quite por verónicas. Tres pases. Ortega comienza con dos pases por alto, uno de pecho, dos manolitas, varios en redondo y de otras maneras. (Música.) Estocada algo alta, vasada. (Ovación, petición de oreja y saludos.) Segundo.—Manolete da tres verónicas y media buenas. (Aplausos.) Dos varas. En quitar se hace Ortega. Tres pases. Manolete da varios estatuarios. (Aplausos.) Dos naturales, uno por alto y un molinete. (Ovación.) Sigue en redondo, tres manolitas, dos pinchazos, una delantera y descabello al segundo. (Palmas.) Tercero.—Pepe Luis lo fija con unos lances. Dos varas y dos pases. Inicia la faena con cinco naturales magníficos ligados con el de pecho. (Ovación.) Sigue con pases por alto. (Música.) Otros pases de diversas maneras. Pinchazo, media y descabello. (Ovación, vuelta y petición de oreja.) Cuarto.—Ortega oye palmas con el capote. Cuatro varas y tres pases. Ortega da pases por alto y en redondo, manolitas, molinetes y de pecho, rodillazos y otros adornos. Media estocada. (Ovación y saludos.) Quinto.—Dos varas y dos pases. Faena por alto, naturales y de pecho, valentísimos. (Música.) Dos manolitas. Al dar un pase de clava una banderilla en la mano derecha. Sigue valientemente libereando molinetes y en uno se trompea y se le teta a la enfermería, entre aplausos. Le substituye Ortega, que termina con una estocada superior. (Ovación y petición de oreja, que se concede,

y el diestro no la admite.) Sexto.—Tres verónicas y media de Pepe Luis son muy aplaudidas. Dos varas y tres pases. Comienza con tres estatuarios, tres ayudados, dos en redondo y uno de pecho. (Música.) Rodillazos y otros pases superiores. Dos pinchazos, una delantera y descabello al segundo. (Ovación.) Parte facultativa: "Durante la lidia del quinto toro el diestro Manolete sufrió una herida punzante con el segundo en la región interdigital, entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha, que le impiden con suar la lidia."—Doctor César Alonso." Las reses lidiadas en el día de hoy dieron el siguiente peso: 225, 240, 225, 237, 240 y 236 kilos, respectivamente.

Dos orejas para PAQUITO MUÑOZ en Toledo

TOLEDO 20 (Mencheta).—Novillos de don Pedro Hernández, mansos, para Paquito Muñoz y Pablito Lalanda. Primeramente.—Muñoz da tres verónicas y media. (Palmas.) Tres pases de banderillas. Brinda al público y hace una faena con pases de rodillas, en redondo y molinetes. Media delantera, otra media. (Ovación, oreja y vuelta.) Segundo.—Tres medias pares. Lalanda hace una faena valiente, con pases de rodillas y molinetes. Dos pinchazos y media. (Ovación y vuelta.) Tercero.—Muñoz hace faena valiente, para una estocada hasta el puño. (Ovación, oreja y vuelta.) Cuarto.—Pablito aprovecha la primera igualada y logra una gran estocada, que se premia con grandes aplausos. Los novillos pesaron: 123, 122, 134 y 134 kilogramos, por orden de salida.

REDONDO TRIUNFA EN TARAZONA



Redondo

TARAZONA DE LA MANCHA 20 (Mencheta).—Reses de Pascasio Quílez. Beatriz Santullano logró dos buenos rejones y un par de banderillas. (Ovaciones.) El toro se acuesta y descabello el sobresaliente. (Ovación.)

Primeramente.—Tres varas. Guerra comienza con un ayudado por bajo y sigue con otros pases regulares. Un pinchazo y media estocada. Al toro, en el arrastre, se le da la vuelta. Segundo.—Redondo se luce en buenos quites. Tres varas y tres pases. Brinda al público y recibe al bicho con un rodillazo superior. Da naturales ligados al de pecho, ayudados, molinetes y pases de tirón. (Música.) Otro molinete, des-piantes, manolitas y rodillazos superiores. Media y el descabello. (Ovación, orejas y vuelta.) Tercero.—Tres varas y tres pases. Faena movida. Media estocada, un pinchazo, otra media y descabello. Cuarto.—Cuatro varas y tres pases. Hace una faena valentísima por alto, molinetes, afarolados. (Música y ovaciones.) Un pinchazo y una estocada. (Ovación, orejas y salida en hombros.) El peso aproximado de los novillos fué de unos doscientos kilos.

NIÑO de la PALMA, HIJO, CORTÓ LA OREJA DE SUS DOS NOVILLOS en CÁDIZ



N. de la Palma

CÁDIZ 20 (Mencheta).—Novillos de Belmonte. El cuarto dió la vuelta al ruedo. Actuó Pepín Martínez Vázquez, Niño de la Palma (hijo) y Litri.

Primeramente.—Pepín veronicea con estilo. (Ovación.) Tres varas y tres pases. Hace una faena jaleada, destacando siete naturales en serie, tres manolitas y pases de pecho. Dos pinchazos y estocada. (Ovación y vuelta.) Segundo.—Niño de la Palma lance entre otros. Tres puyazos. Tres pases. Trastea de arrocchado valiente, con temple y arte. (Ovación.) Media superior. (Ovación, oreja y vuelta.) Tercero.—Litri da tres verónicas y media superiores. (Palmas.) Tres varas y tres pases. Trastea de oreja. Tres pinchazos, media y descabello. Cuarto.—Pepín lancea apuradísimo. (Palmas.) Mal picado. Tres pases. Brinda al público y realiza una faena muy valiente. Cuatro pinchazos y una estocada. (Ovación y saludos.) Quinto.—Niño de la Palma lance entre otros. Tres varas. Se ovaciona a Pepín, que totea con la rodilla en tierra y luego en pie, de manera inverosímil. (Entusiasmo general.) Este quite ha sido lo

mejor de la corrida. Niño de la Palma hizo una faena con pases a toda las marcas. Mala de media superior. (Ovación, oreja, vuelta y saludos.) Sexto.—Litri es aplaudido en lances. Tres varas y tres pases. Litri traetea de oreja. Tres pinchazos, media estocada y descabello. (Peso en canal: 178, 202, 207, 181, 213 y 227 kilos, respectivamente.)

Gravísima cogida de MANOLO ESCUDERO en San Sebastián



M. Escudero

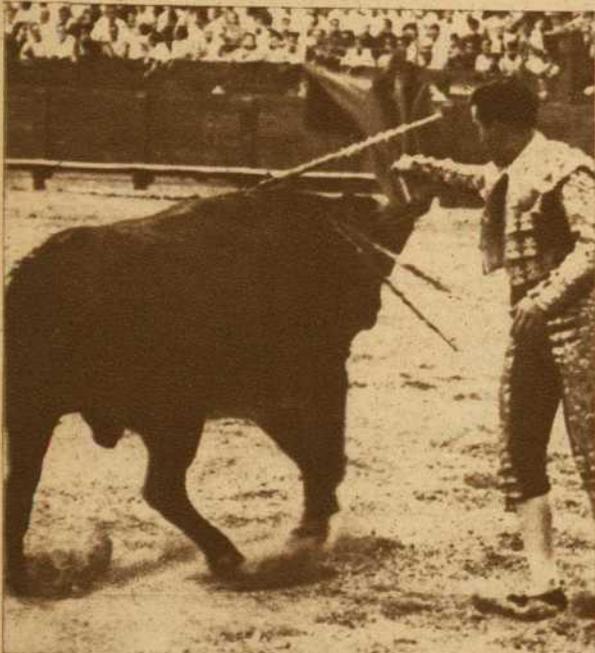
SAN SEBASTIAN 21 (Mencheta).—Se celebró la corrida del Concurso de ganaderías, con la presentación del mejicano Gregorio García. Se lidiaron toros de Domecco, Félix Moreno, Antonio Pérez, Galache, Tassara y Atanasio Fernández, para los diestros Andaluze, Escudero y García. Andaluze oyó ovación y dió la vuelta en su primero, y muchas palmas en el segundo. García fué muy aplaudido en el primero y pitado en el segundo. Escudero fué aplaudido en su pri-

mer toro. Al hacer un quite al sexto, resultó cogido por la axila dando la impresión de una cornada enorme, pues apareció bañado en sangre. Fué trasladado a la enfermería sin conocimiento, causando la cogida una gran impresión. En la enfermería facilitaron el siguiente parte: "Durante la lidia del sexto toro ha ingresado el diestro Manolo Escudero, que presenta herida penetrante en el pulmón, por la región axilar izquierda, con rotura de costillas y fuerte conmoción. Pronóstico muy grave. El torero, al ingresar en la enfermería, fué asistido por los doctores Urbina y Garmendia. Sufrió un fuerte colapso, que inquietó a los facultativos, así como la gran pérdida de sangre." La primera impresión era de que el diestro sufría una cogida de las que pueden hacer peligrar su vida. A la media hora de su permanencia en la enfermería reaccionó algo, lo que permitió a los médicos su traslado a la Clínica San Ignacio, donde se le hará nueva intervención.

CARTEL DE TARRAGONA



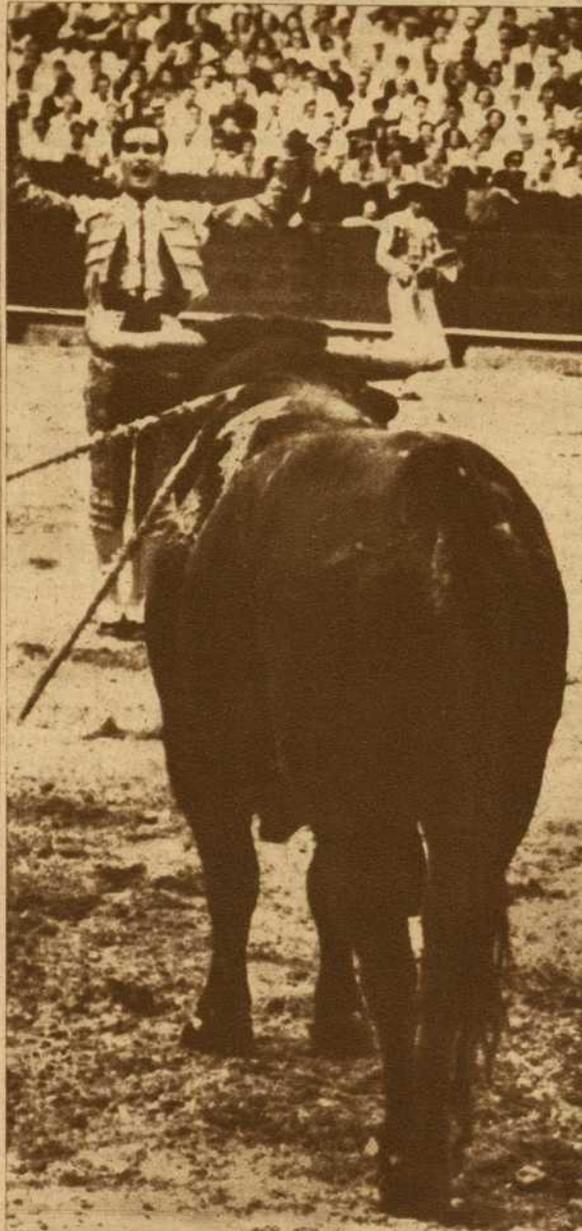
Morenito de Talavera en un pase por alto al toro del que cortó la oreja el sábado en Tarragona



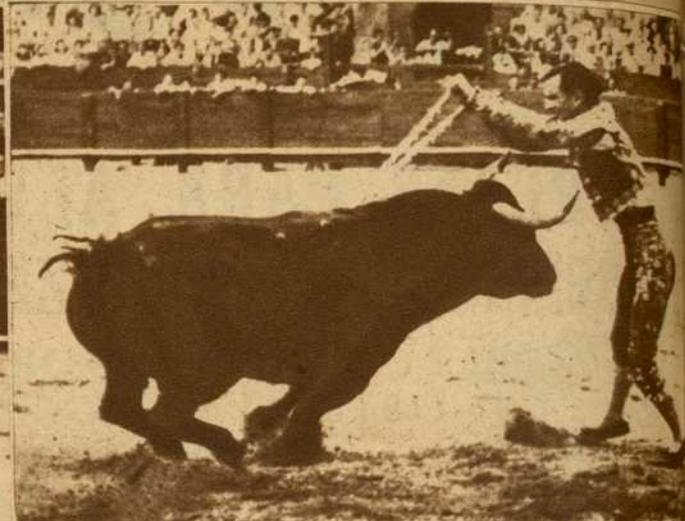
El diestro de Talavera en la faena de muleta de su segundo toro



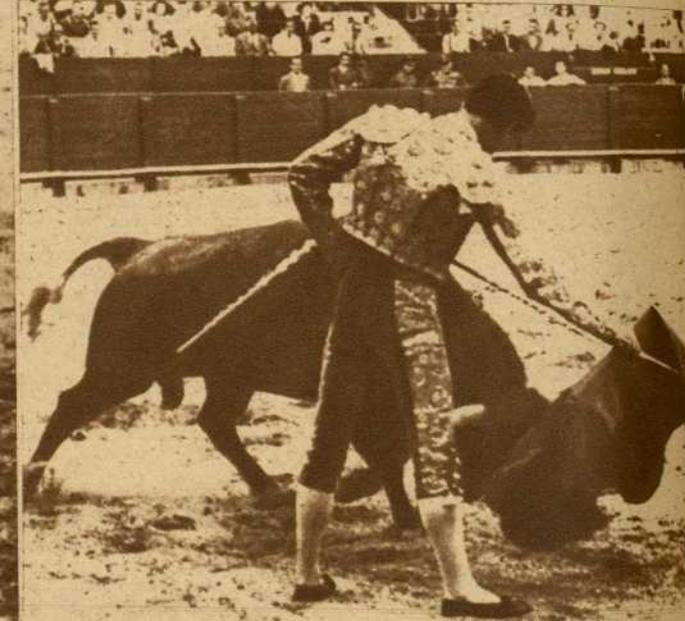
Gitanillo de Triana toreando por verónicas en el quite a su primer toro



Arruza citando para poner banderillas al primero de su lote



Un magnífico par del torero mejicano en el toro del que cortó la oreja

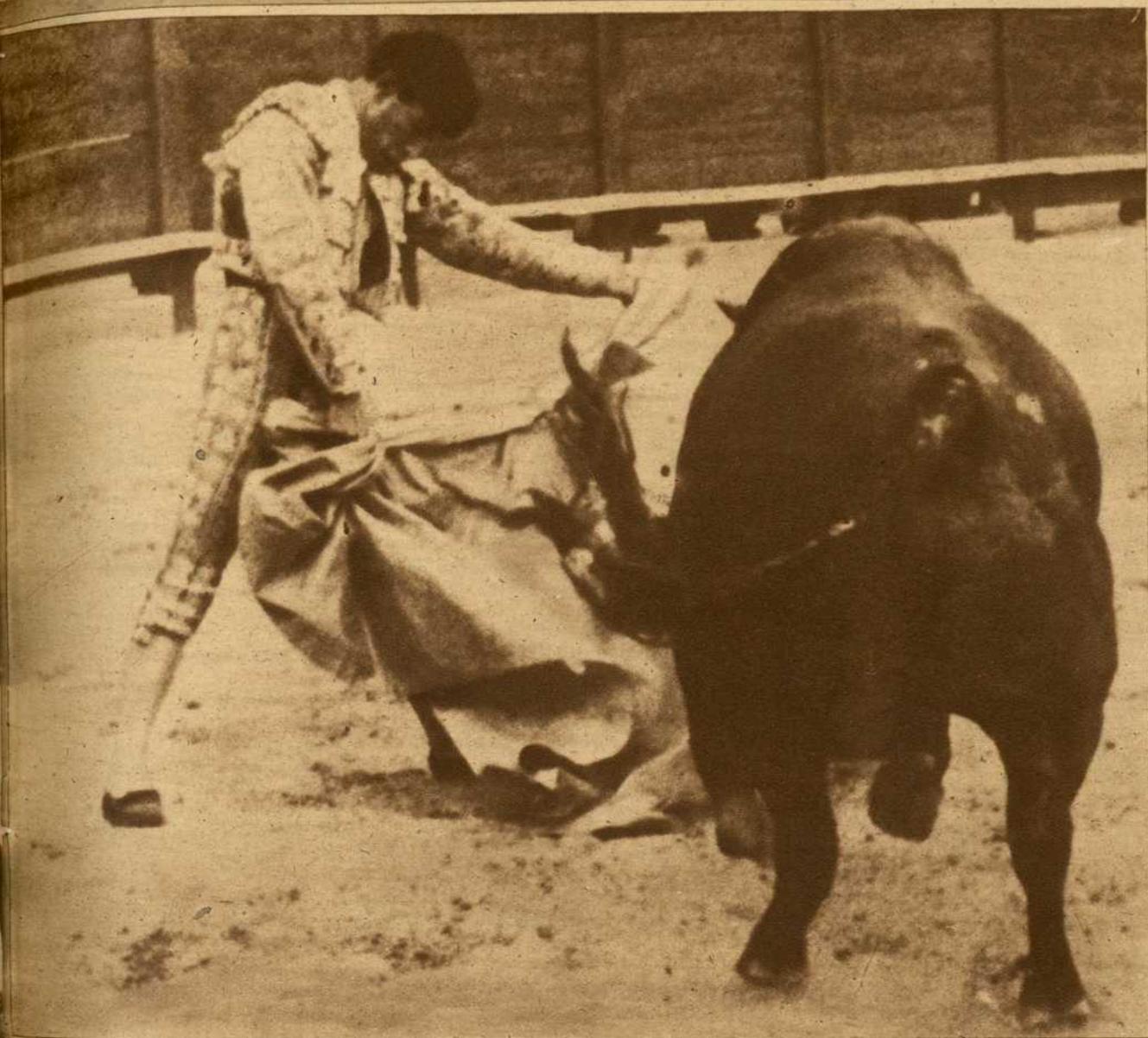


Carlos Arruza toreando con la derecha en la faena de muleta a su segundo



Un pase por bajo del diestro mejicano en el toro del que cortó la oreja el sábado, en la inauguración de la Plaza de Toros de Tarragona

**SEIS de ARCADIO ALBARRAN para GITANILLO
de TRIANA, CARLOS ARRUZA y MORENITO de TALAVERA**



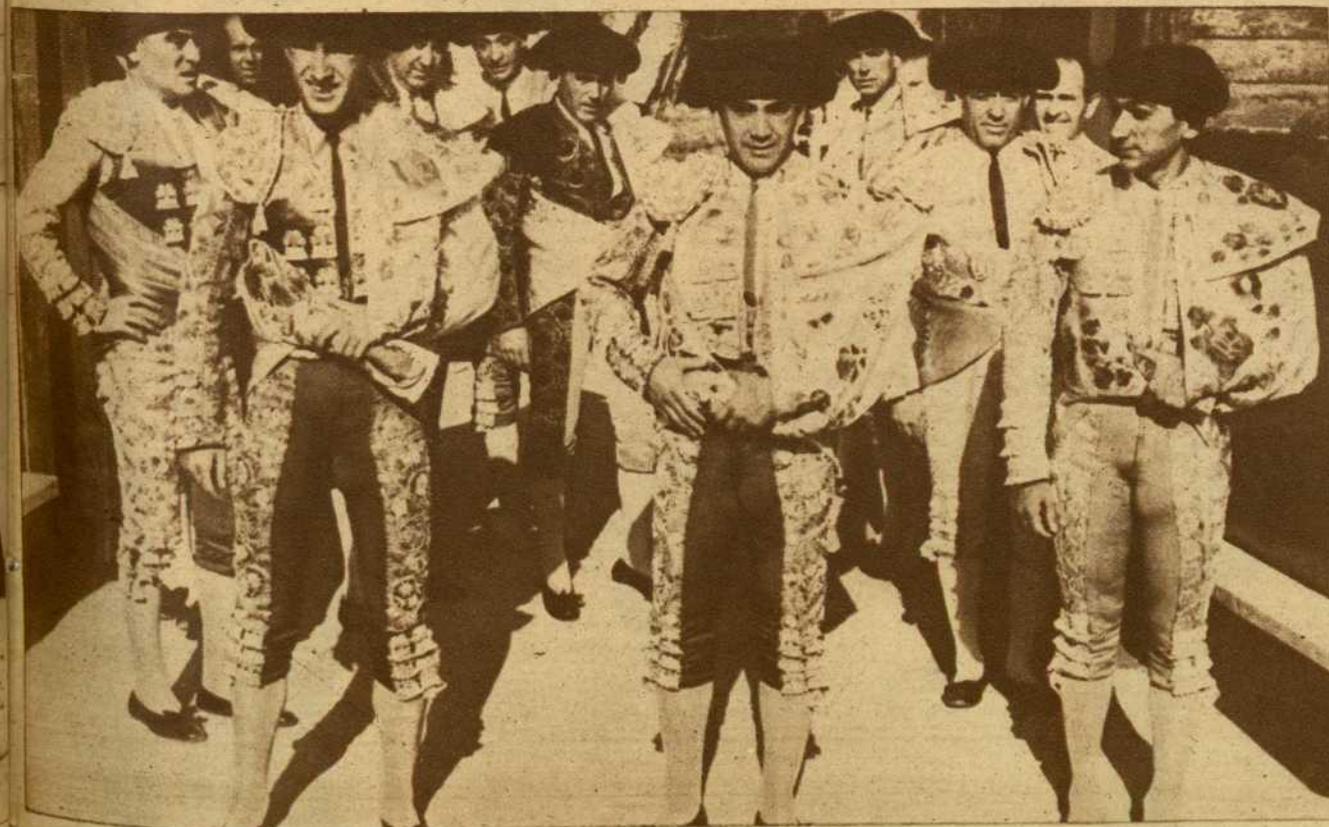
Rafael Vega, Gitanillo de Triana, en una de sus clásicas verónicas, al realizar un quite en la corrida celebrada el sábado en la Plaza de Toros de Tarragona



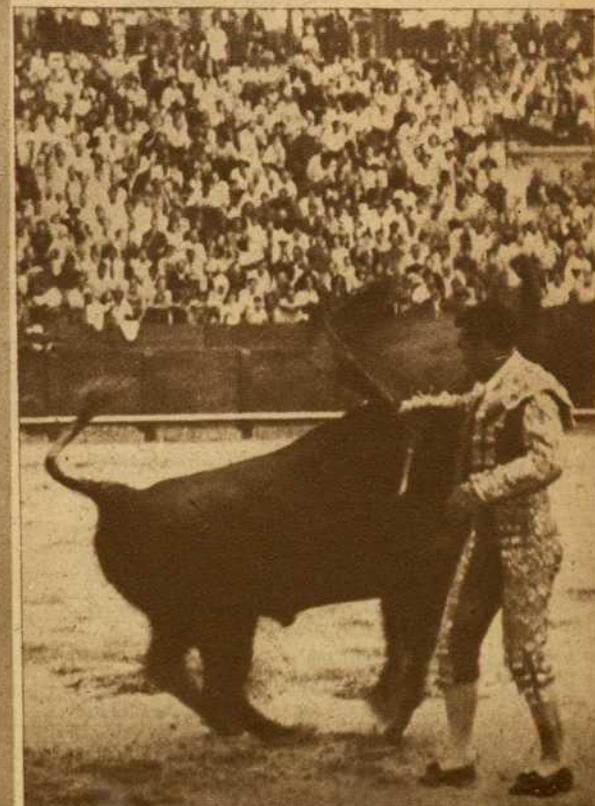
El torero mejicano en unas chicuelinas en el segundo de la tarde



Arruza rematando el quite que hizo al toro lidiado en quinto lugar



Carlos Arruza, Morenito de Talavera y Gitanillo de Triana al iniciar el paseillo en la Plaza de Toros de Tarragona



Morenito de Talavera toreando de muletá a su segundo. (Fotos Valls.)

Charla a la vera de un sombrero ancho



El duque de Pinohermoso, en el campo

VISTE el duque de Pinohermoso ese traje clásico campero, de airosa traza, que marca radicalmente la diferencia que hay entre la austeridad de las faenas que los ganaderos realizan con los toros en las dehesas y aquel otro atuendo de relumbrón—de luces—que a los ruedos sacan los lidiadores para deslumbrar al público. Aquello es la tramoya de la fiesta, el telar, el entrebastidores como si dijéramos, y estotro es la espectacularidad, la vistosa escenografía taurina, llena de color y de ricas telas o cartón policromado

en que, siguiendo el símil, podemos decir que unos hombres vestidos de reyes, por exigencias del papel que les asignaron, llegan a creerse que de verdad son reyes, o por lo menos príncipes, y otros que son toreros porque en alguna ocasión se vistieron así. Sin embargo, la realidad implacable acaba imponiéndose y viene a demostrarnos en ocasiones frecuentes que no es el hábito quien hace al monje, sino que el monje, por sus cualidades, sabe dar esplendor y prestantia al hábito con que cubre el cuerpo.

Pues, sí. Decíamos que el duque de Pinohermoso, apuesta estampa de torero retirado, toca su cabeza con un jacarandoso sombrero cordobés—¿por qué se le llamará cordobés a este sombrero de anchas alas y circunferencia casi perfecta, y no sevillano, malagueño o granadino? Sería interesante saber si el invento de ese cubrecabezas surgió en Córdoba—, bien cortados zañones de cuero repujado, chaquetilla corta, de dril, botas enterizas y tintineantes espuelas. Vamos cruzando prados cuyos hierbajos reseco crujen a nuestras pisadas. Es la sequía, la hosca y dura esterilidad de la tierra que fué jugosa y que ahora se muestra esquiva, por la inclemencia de unas nubes que parece haber ahuyentado sabe Dios qué maleficio, para dar el fruto de sus entrañas.

—Naturalmente que esta falta de pastos tiene que influir en la escasez de fuerza de las reses que se lidian—decimos al duque.

—Figúrese usted! El ganado come poco, tan poco, que en Andalucía sobre todo los toros buscan la raíz de la hierba porque ésta no existe sobre la superficie de los prados. El instinto de conservación hace a los animales hociquear en busca del sustento, buscar lo que hay más abajo de la tierra...

—Pero ustedes los ganaderos tendrán preparados, contra estas crisis circunstanciales, remedios eficaces, ¿no?

—Claro! El heno, las habas y la algarroba son «platos suculentos» para los toros, pero estos alimentos son «demasiado» nutritivos. Con ellos las reses se pondrían excesivamente vigorosas y no es el caso de contrariar a nadie. El pienso está proscrito en las ganaderías, y de eso usted mismo es testigo en este momento. ¿Ve usted esa corrida que se va a lidiar a mediados de septiembre?

—Sí, la veo.

—¿Divisa usted un solo toro, ni una vasija con grano al alcance de los toros?

—La verdad; no la diviso.

—Pues luego, en las plazas, el público protesta porque los toros se caen.

—Y protesta con razón—argüimos nosotros. Y ustedes los ganaderos de reses

bravas debieran ser los primeros en ponerse de acuerdo para evitar que por una u otras garrambainas de tipo especulativo, de exigencias inadmisibles, unos cuantos hombres vestidos de torero se enriquezcan a costa de ustedes. A la postre, el toro se cae en medio de la arena y el público impreca al ganadero. Entretanto, y a lo mejor, le dan al torero la oreja de aquel inválido porque, durante la lidia, el lidiador se ha permitido «el lujo» de dar dos o tres pases mirando al tendido. El prestigio de la divisa, por el suelo, cojitrancos, mientras que el torero sale por su pie o a hombros de las multitudes que le aclaman. ¿Cuándo va a enterarse la gente de lo que supone el toro en esta fiesta? ¿Cuándo

va a llegar a su discernimiento la razón de que si el toro se cae no es precisamente por culpa del ganadero? Si ese día llega, el perfil de la fiesta taurina habrá cambiado en absoluto. ¿Usted lo cree así?

Por toda respuesta, el duque desenvuelve un pequeño paquete de fotografías:

—Mire—me dice—. Ese toro, Cantinero, fué el primer ejemplar de mi ganadería que se lidió en Barcelona el año 43. ¿Qué le parece?

—Pues que este toro y otros como él no se caerían nunca en los ruedos. Así lo acusan su musculatura, su trapío, su perfección de líneas, prototipo del toro fuerte, bien encastado...

En esta conversación llegamos al cerrado y allí esperan unas jacas de caturra campera, ágiles y nerviosas. El duque se alza sobre la más arrogante y manda al mayoral que le suelte un novillo.

—Es mi diversión—nos dice—. Son moruchos, carne de matadero, que tengo para este deporte. Con ellos me divierto al tiempo que me ejercito en la equitación.

Efectivamente; aquel animalejo tiene arrancadas cortas e indecisas, pero el duque lo recorta y provoca otra vez con su audacia de magnífico jinete.

Y acaba toreando y poniendo banderillas de manera perfecta.

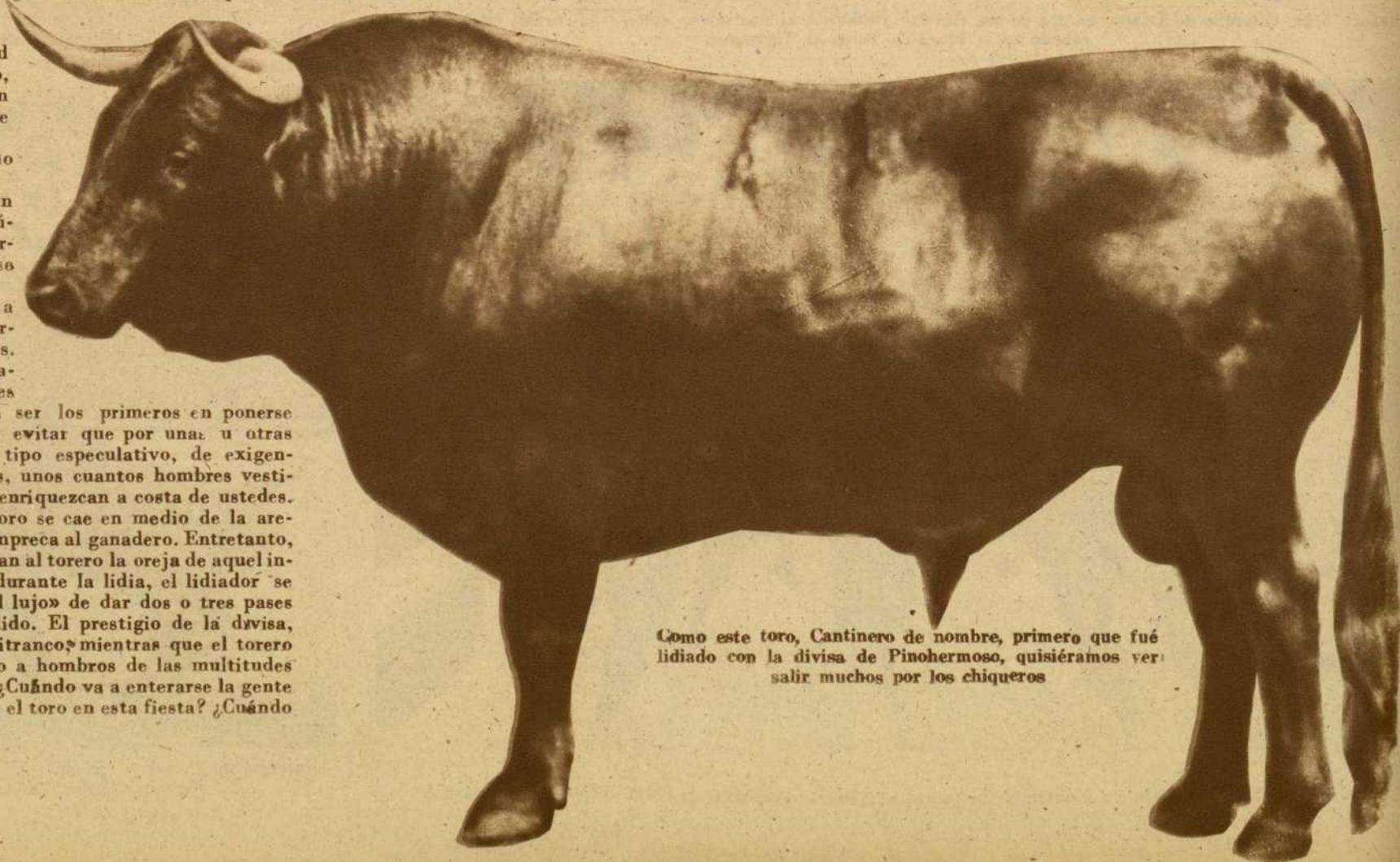
Unas cañas de dorada manzanilla es el colofón de la faena. Comentando la ingenuidad de los sedicentes aficionados, que muchas veces cuando están en el tendido, o en la andanada, preguntan de quién son los toros que se van a lidiar, se nos ahinca más el propósito de darles detalles y hacerles historia del toro en el campo, para ver si llegan a interesarse por lo que en el toreo es fundamental. Que no griten a destiempo. Que no acaquen a un toro una cojera que no tiene, cuando en realidad los que casi siempre están cojos son los toreros. Por sus exigencias, que el público ignora.

Llegamos al chalet del duque y sigue zumbando el sonido de los cencerros. Pero ya estamos lejos del peligro.

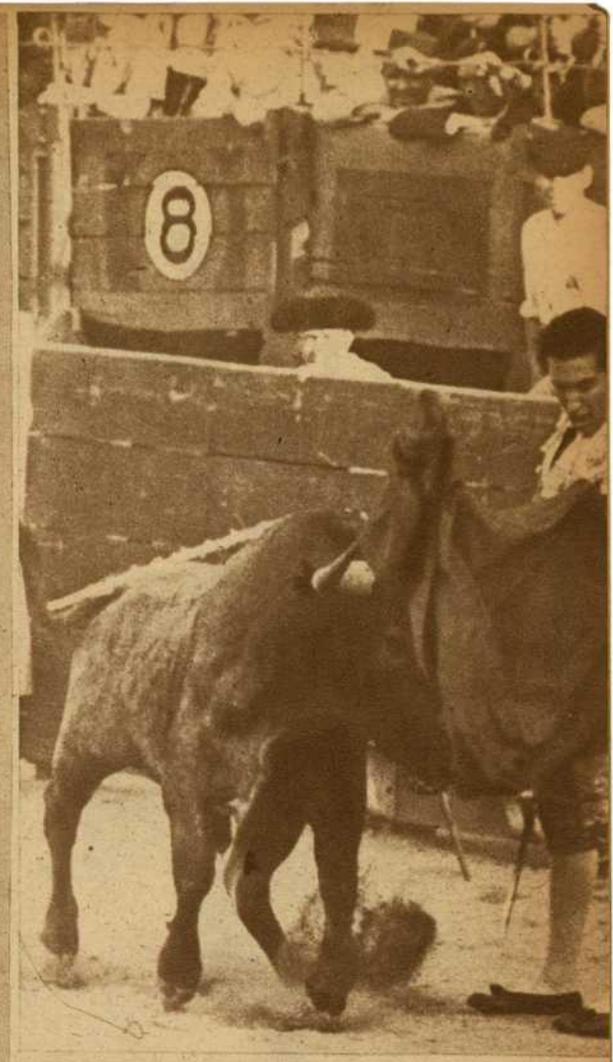
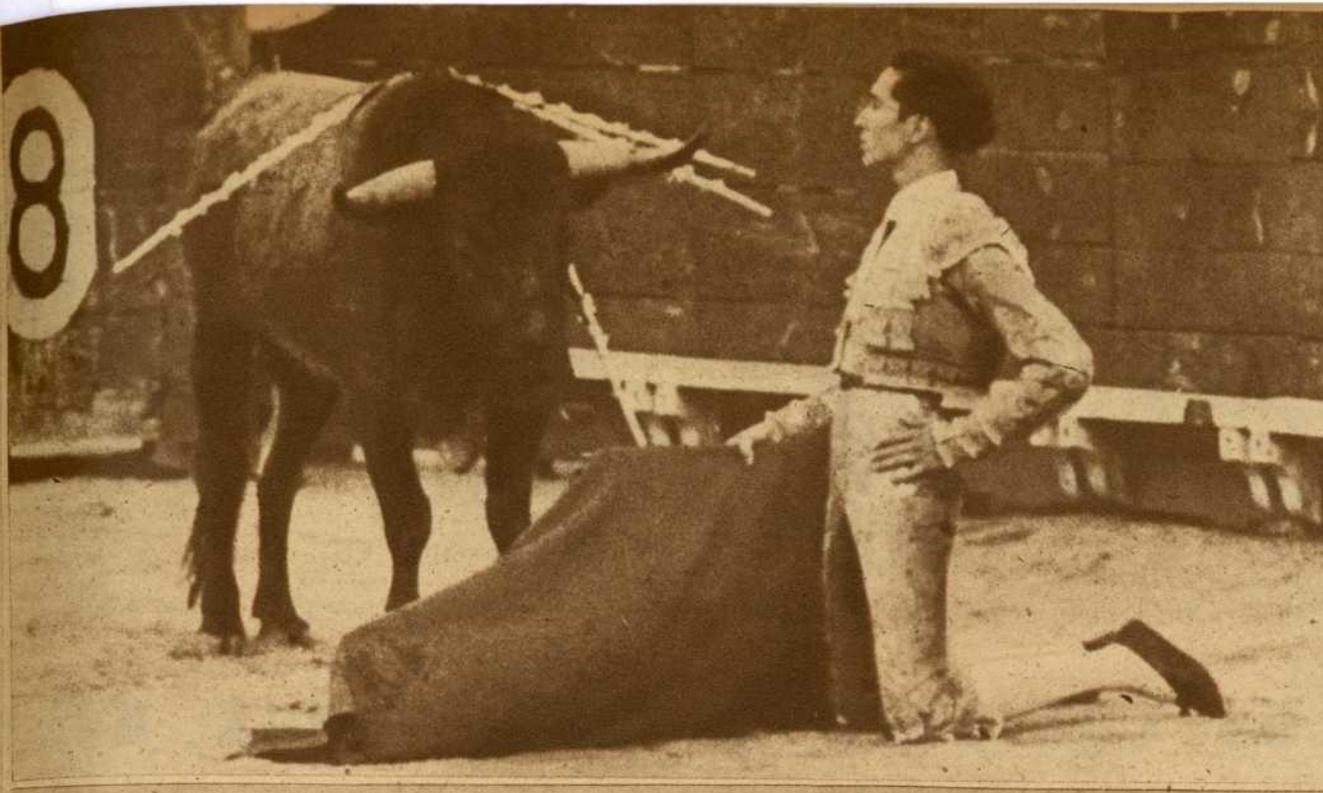
Ahora pensamos: ¿Por qué esta afición de la aristocracia a la cría de toros de lidia? Acaso por lo que en sus faenas hay de exposición, por el riesgo de cada momento, porque constituye un torneo en que la vida se pone en juego sin darle la más pequeña importancia. Es un ejercicio que dignifica y prepara en el peligro para cualquier empresa de más altos vuelos. Desde Fernando VII acá fueron y son ganaderos: el duque de Vistahermosa, Vergara, Pinohermoso, Tovar, marqueses de Saltillo, Villamarta, Osuna, Alonso Pesquera, Albayda, conde de la Corte, Santa Coloma, Antillón, Casal, vizconde de Garci-Grande y muchísimos más títulos que escapan a nuestra memoria.

Esto quiere decir que la fiesta de toros tiene un abolengo tradicional y arraigado, en el que la aristocracia, desinteresadamente, ha puesto sus más celosos desvelos para que perviva.

MIGUEL RODENAS



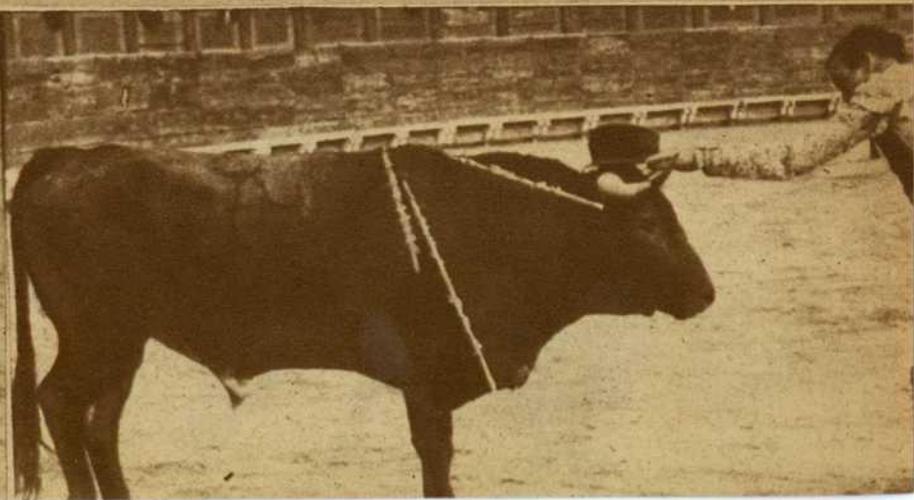
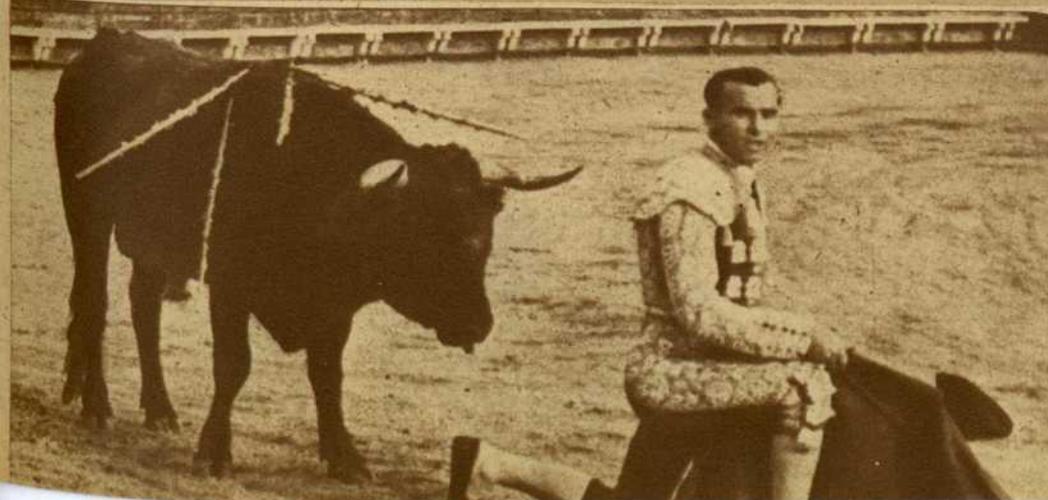
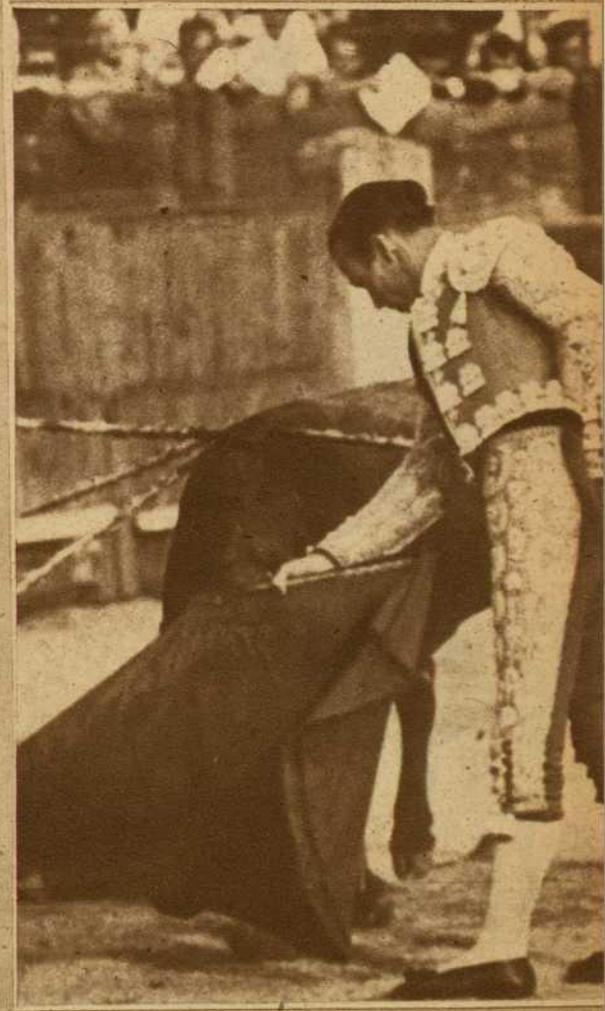
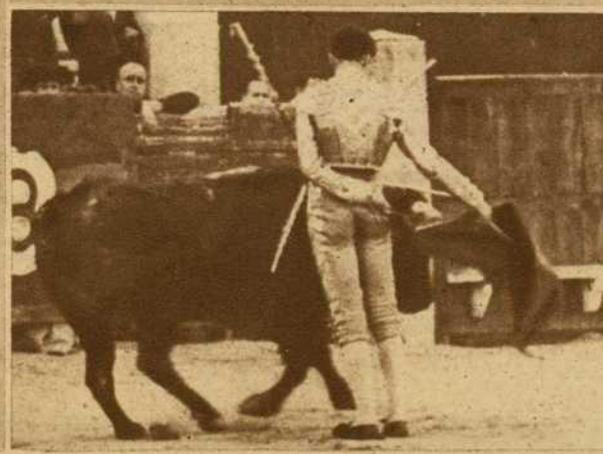
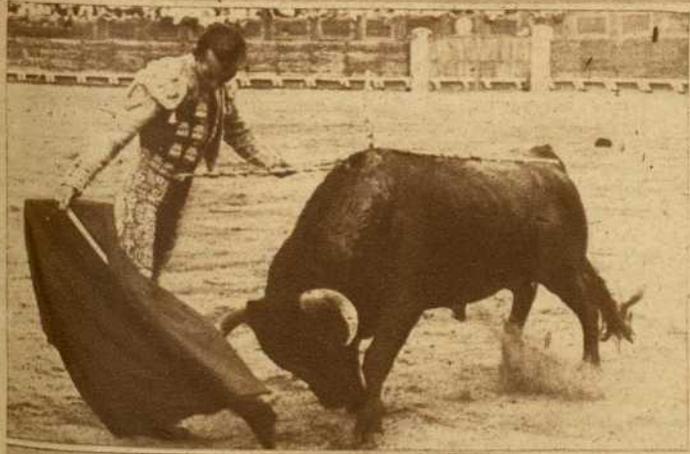
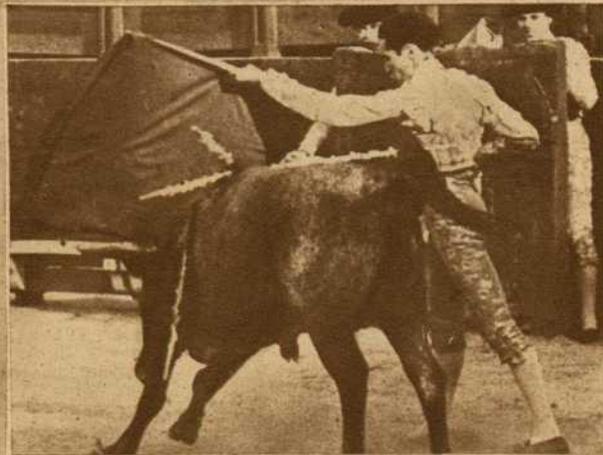
Como este toro, Cantinero de nombre, primero que fué lidiado con la divisa de Pinohermoso, quisiéramos ver salir muchos por los chiqueros

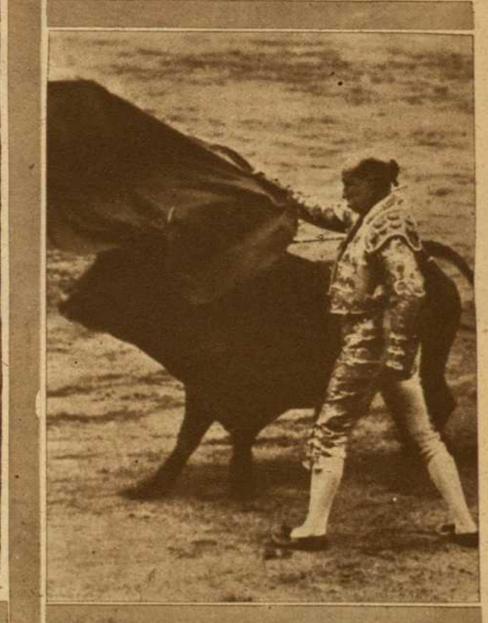
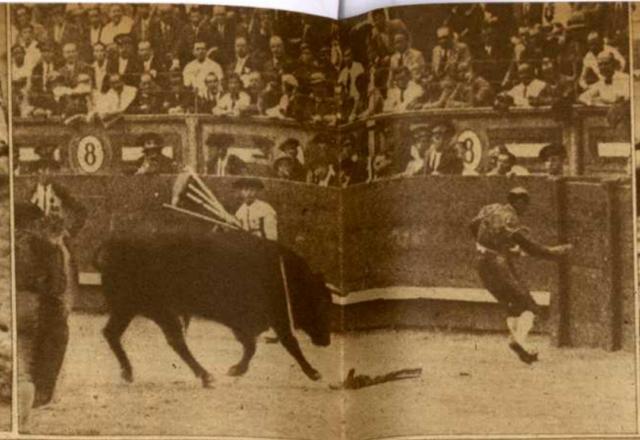
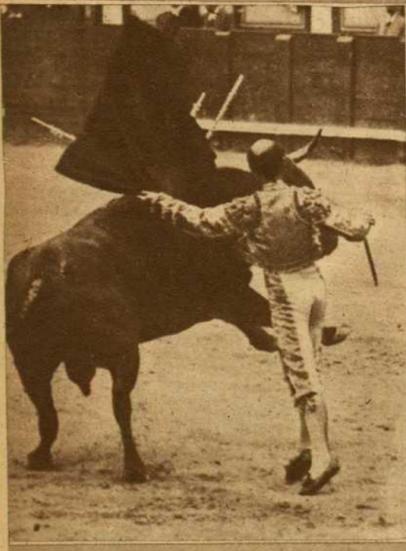


EL VIERNES, EN TOLEDO

Seis de los herederos del Duque de Tovar para Ortega, Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín

Momentos gráficos de la corrida del viernes en Toledo.—De arriba abajo: Luis Miguel Dominguín en un adorno de rodillas. Pepe Luis Vázquez toreando por verónicas. Luis Miguel en un pase de pecho. Ortega en un muletazo con la derecha. Dominguín en una manoletina. Dos adornos de Ortega. Luis Miguel en un natural. Ortega en un pase por bajo.





Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

LA "ESPANTÁ" Y LAS SUPERSTICIONES



XI

ESTOS días hemos podido leer todos en los periódicos cómo Rafael el Gallo ha cortado una oreja en Barcelona, después de una gran faena de muleta, a la que precedió un excelente par de banderillas en silla, y cómo, poco después, en un recuerdo a la obra que qué población de las Baleares, ha dado una de sus clásicas "espantás". Lo que, a nuestro juicio, viene a demostrar que el genio y figura de Rafael continúa insensible al paso de los años, y que en las cosas que les ha hecho—o les ha dejado de hacer—a los toros, no ha influido para nada el peso, el estilo y la cornamenta, puesto que acabamos de ver que lo mismo que hacía en las corridas serias, lo sigue haciendo ahora, cuando va con Juan—Belmonte, claro—a lucir su calva y su traje corto, su gracia y su escuadra, en esos festivales que son para ellos un último asidero a lo que no pueden soltar, porque el día que Rafael y Juan dejen de torear, de paladear la estética y la emoción de engañar y dominar a una res, grande o chica, brava o mansa, ese día se habrá acabado para ellos todo y su vivir no tendrá justificación.

Rafael, ante un novillejo, acaba de dar la "espantá". ¿Y qué es ello? Yo se lo pregunté una tarde en que el verano se anticipaba en Sevilla. Había leído y oído muchas definiciones e interpretaciones de la "espantá". Pero ninguna me había convencido.

—Es el miedo insuperable—decían unos.

—Es una consecuencia de la superstición—decían otros.

Y así hasta ciento. Vemos—oigamos—al propio interesado.

—¿Qué es la "espantá"?

—La "spantá" es eso: la "espantá".

—Pero...

—Las banderillas son las banderillas; el pase natural, el pase natural; el volapié, el volapié, y la "espantá", la "espantá".

—¿Quisiera comprender?

—Según eso, la "espantá", ¿es una suerte del toreo?

—¡Ahí le ha dado! Una suerte como otra cualquiera, que sirve para defenderse del toro.

—Y que ha practicado usted de un modo casi exclusivo, a pesar de los imitadores.

—Es que yo la "espantá" la he dado, como todo lo que he hecho en el toreo, porque me ha salido del corazón y... por falta de piernas.

—¿Hombre, eso sí que no! La "espantá", precisamente, se apoya en las piernas.

—Bueno, bueno... Cuando se dice falta de piernas, se entiende flojas condiciones físicas en el toreo. Yo no he sido nunca un atleta. Por eso, cuando veía que no podía dominar al toro, daba la "espantá". Yo he sido siempre un hombre lógico.

—¿Rafael!

—De lo más lógico. Vea usted: Estaba delante del toro y veía que me iba a coger, porque usted ya sabe que cuando los toros van a coger, avisan.

—¿No!

—Sí, avisan. Pregunte usted a otros toreros y verá cómo le dicen lo mismo. Hay un presentimiento, una sensación, lo que le he dicho: un aviso. Y ahora, dígame usted. Si sabe que el toro le va a coger, ¿se va a quedar delante de él?

—De ninguna manera!

—Por supuesto que no. Sería del género idiota. Y ahí tiene usted explicado el porqué de la "espantá".

—A medias. ¿En qué notaba usted que lo iba a engañar?

—Eso lo ve sólo el que está con el toro. La gente de los toros no se lo explica, pero sus motivos hay. Desde arriba parece que el toro se está quieto; pero a medio metro de él, o a dos metros, según los casos, se oye su respiración, se observa su mirada, se ven sus gestos, y por todos estos y otros muchos detalles se deducen sus intenciones.

—Resumiendo...

—Cuando no se puede con el toro, hay que dar la "espantá". Y eso es lo que hacía yo. En cuanto notaba que el toro me iba a dominar, salía por pies. Los toros, no lo duda el amigo, hacen cosas extrañas que el público no puede ver. La "spantá" no es miedo. Es defenderse del toro. El que tiene miedo lo tiene en todos los toros, y cuando sale de casa, va ya a la Plaza asustado, y cuando sale a los medios no va.

—Sin embargo, si el torero se queda quieto, es posible... Posible, no. Seguro. Le coge. Y, sabiendo esto, no se va a quedar uno a merced de la fiera. No es miedo, no. Si el toro era bueno y entraba, yo no tenía que dar la "espantá". Es algo... psicológico. La prueba de que no es miedo es que con toros de esos, y después de haber dado la "espantá", he vuelto a ellos y he estado superior. Y cerca. Porque yo he sido de los que se han puesto más cerca de los pitones, y por ahí hay miles de aficionados que no me dejarían mentir.

—Entonces, la "espantá", me huele a recelo supersticioso.

—Supersticioso yo? Por ahí sí que no paso.

—Me va usted a tomar el pelo? Todo el mundo ha hablado de sus supersticiones.

—El que no ha hablado he sido yo, y creo que tengo mis motivos para saber algo de esta cuestión.

—Pero, ¿me va a negar usted que tiene sus manías, sus "cosas"?

—Tengo mis costumbres y mis caprichos, como todo el mundo, y si me apura usted, menos que todo el mundo. Pero yo no soy supersticioso. Yo soy apostólico, católico, romano. ¿Y cómo no? En este país, todos los niños nacidos somos cristianos y no concebimos otra religión que la nuestra. Yo soy muy devoto del Jesús del Gran Poder y de la Virgen de la Esperanza.

—¿A ellos elevaría usted sus plegarias los días de corrida, no?

—No, señor. Estas son mis devociones de toda la vida. Para el caso particular de los toros siempre me ha gustado encomendarme a la Virgen del Rocío. Y...

—Diga, diga usted.

—Se va usted a enterar de algo que sabe muy poca gente. Yo tengo una imagen secreta, que va siempre conmigo. Es la Virgen de la Montesión. La guardo en un amuleto muy fino...

—De cualquier manera, usted ha hecho cosas demasiado raras para que no se comenten como supersticiones. Lo costaría trabajo demostrar que no son así.

—¿Yo qué voy a hacer!

—¿Si las ha hecho usted delante de mí!

—¿Cómo! Vamos a ver...

—Son pequeños detalles. Ayer, por ejemplo, salíamos de GAYANGO; no pasaba nadie por la calle a esas horas; podíamos pasar a la otra acera sin el menor peligro, y usted hizo que fuéramos a cruzar veinte metros más allá, para que lo hiciéramos entrar: los clavos que marcan el sitio por donde han de pasar los peatones. ¿Se acuerda? Dijo usted: "Vámonos a cruzar por entre los clavitos".

—Verdad. Pero eso no es superstición, sino costumbre de cumplir con las ordenanzas municipales.

—¿Vaya! Me la ha ganado usted.

—¿Qué más?

—Hace un rato ha cogido usted la mesa y ha dicho: "¡Vamos a poner la mesita derecha!" ¿Y (so)?

—¡Afición al orden y gusto de la estética. ¡Más!

—Renuncio. Es usted el amo.

—Es que yo no me conformo con eso.

—¿Qué más quiere usted?

—Las pruebas que yo he dado de no ser supersticioso.

—¿Es que me va usted a negar que una de sus preocupaciones mayores han sido los lazos de las zapatillas?

—Tonterías. Una cosa es que me guste cuidar el detalle. Hay que saber vestirse. Como mi padre y como Lagartijo. A mí me gustaba que cada cosa estuviera bien y en su sitio. Y el que no ocurriera así, fueran los lazos, la montera o la corbata, era algo que me disgustaba. En el vestir y en el andar se ve al artista. Los lazos, derechos, porque así lo mandan los cánones de la indumentaria taurina.

—Conformé. No se hable más del asunto.

—¿Cómo que no, si falta lo principal?

—Yo me comprometí a decir que no es usted supersticioso.

—Y, además, a demostrarlo hasta la saturación.

—¿Cómo?

—Miré usted: lo de la superstición mía, como tantas otras cosas, es una leyenda, que, como yo no me he tomado la molestia de dismentir, ha ido creciendo... ¿Qué es lo que más teme los supersticiosos?

—La... esa... La cosa esa...

—¿La "bicha"!

—¡Ay!

—Pues en Granada, una tarde en que estaba yo quedando superior, un espectador me tiró una "bicha" desde el tendido.

—¿Gracias que hay.

—¿Y sabe usted lo que hizo yo?

—Algo insolito.

—Paré la faena, cogí la "bicha", me la enrollé a la cintura y seguí toreando.

—¿Recastaña!

—Acabé con el toro, me dieron la oreja, di la vuelta al ruedo y, cuando pasé ante el tendido donde estaba el espectador del "rígallo", se la arrojé. Y ahora, ¿qué me dice usted?

—Nada. Estoy helado.

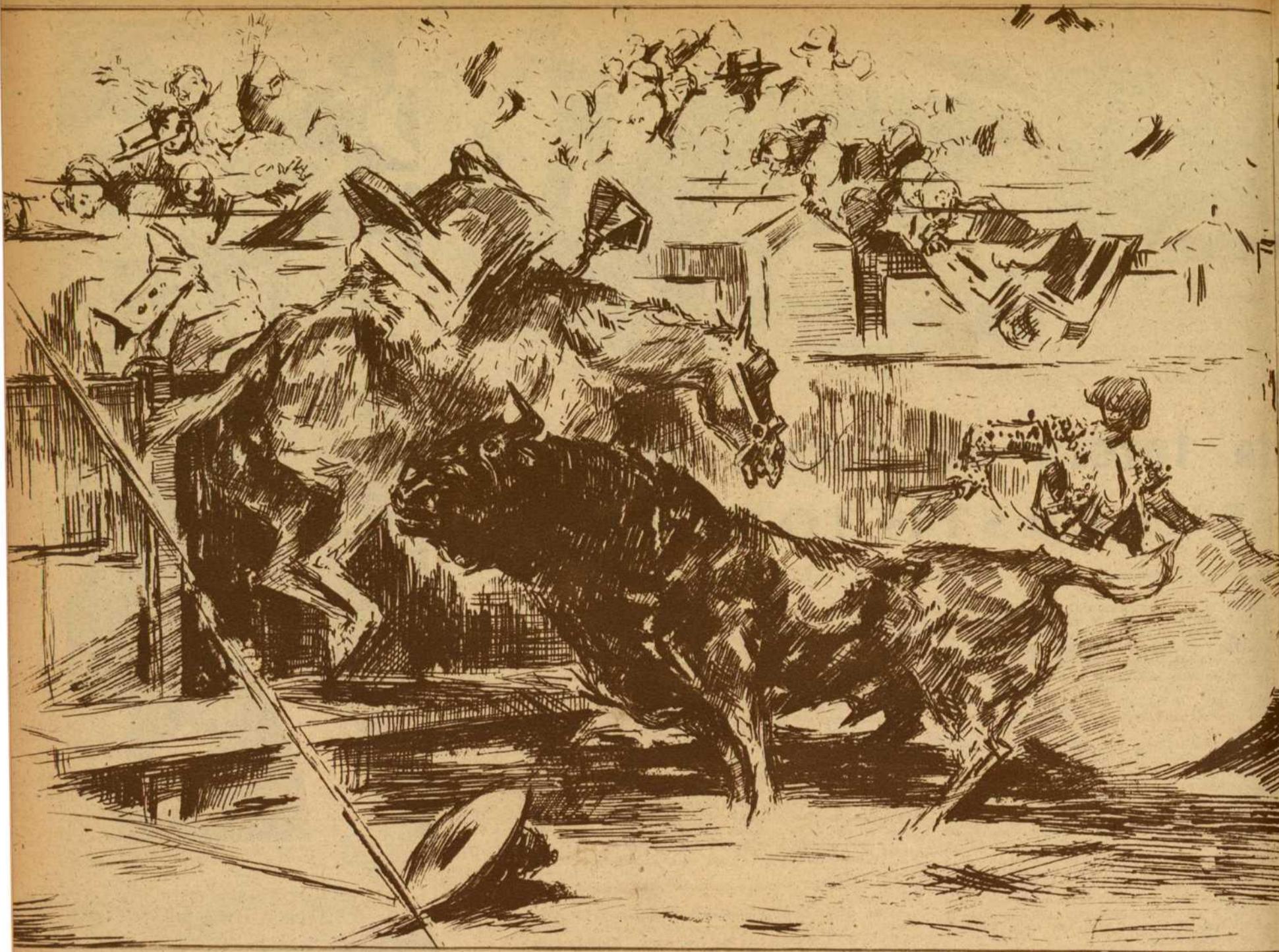
—Y en esta sortija que me pongo muchas veces, ¿qué es lo que ve usted?

—Me alargó la mano y en un dedo vi el anillo que quería mostrarme. Era de oro y tenía grabado un "13" inmenso, un "13" que era la negación más rotunda de todo eso que se ha dicho de las supersticiones de Rafael el Gallo.

A cada paso se encuentra uno con la sorpresa, pero con una sorpresa como ésta sí que no podía encontrarme yo.

—Palabra!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



EL ARTE Y LOS TOROS

EL IMPRESIONISMO PERIODISTICO

Por MARIANO S. DE PALACIOS

CUANDO el periodismo, en su rápida misión informativa, implantó como adelanto el fotograbado, venía ya la Prensa por medio del dibujante, nutriéndose de la ilustración, que unas veces era la nota de actualidad a través del dibujante que recogía el "momento" y otras el apunte más o menos meditado o metódico, que el dibujante experto en estas cuestiones informativas trazaba, para ilustración de una plana, de un suceso o de un acontecimiento político, social o deportivo, o aquél que reflejaba suertes y momentos, escenas de toros que se transcribían al papel, poniendo en ellas un tanto del arte de sus creadores. Y así surgieron y dieron pruebas de su pericia, de su habilidad impresionista, un Chaves, un Lizcano o un Perca, de los que nos ocuparemos algún día, y de cuya habilidad habían de hacer escuela y continuarla todos los dibujantes periodísticos, Cilla entre ellos, para llegar a este momento ultrarrápido de la Prensa, en que un dibujo debe realizarse en la misma Plaza, para que alcance la edición de la tarde o la de provincias, que se confiere en las primeras horas de la noche.

Y claro está, el dibujante, entonces, ha de valerse por sí mismo, sin la ayuda fotográfica que plasme el instante crítico, y sin pérdida de tiempo que desvanezca en la memoria el lance o la faena que arrancó el aplauso o la ovación, y cuya faena es precisamente la que debe recoger el lápiz, ofreciéndosela al público. Y no se crea que rapidez es sinónimo de carencia de técnica. Porque los dibujantes avezados en estas lides, comprometidos con el torero, ven y adivinan, presienten la faena, y su escuela, su dominio del lápiz y trazo, su costumbre para ver, entender y comprender los toros, les hace recoger rápidamente la suerte, dándole, claro está, y ahí está el arte, ese dinamismo, esa movilidad, esa vida que exige el auténtico impresionismo, esa faena tamizada, como decía en otra ocasión, por el cerebro creador y el espíritu artístico del que realiza el apunte.

Si siguiendo la escuela de nuestros mejores impresionistas, hay hoy en España meritosísimos dibujantes que han seguido con acierto esta dedicación artística. A la cabeza de ellos, Roberto Domingo, el gran pintor de toros, cartelista notable y excelente dibujante, que sabe poner y pone en sus dibujos a pluma todo el arte de su fuerte temperamento pictórico, gran conocedor a la vez de las faenas y suertes de toros, que plasma con una precisión exacta y metódica en el papel, enriqueciéndolas con un arte inconfundible y peculiarísimo. Y con Roberto Domingo, Antonio Casero, otro de nuestros dibujantes que a la fiesta nacional ha dedicado su entusiasmo y tareas y que sabe poner en ellas también ese concepto artístico del impresionismo, carente de toda amanerada meticulosidad, detalles de primer término desvanecidos en los fondos, mas no desprovisto de esa sutil elegancia pictórica que se adivina y trasluce en esos apuntes, que no son sino un esbozo o esquema de la ilustración o el dibujo completo. Podríamos decir, en una definición concreta y un tanto problemática, que el impresionismo no es otra cosa que la taquigrafía del dibujo. Rasgos inconclusos, inacabados, pero a la vez dando la sensación real y efectiva de la obra terminada, que hay que traducir y ver entre líneas. Porque el dibujo, como la pintura, no es muchas veces, artísticamente, el hacer, sino el pretender, el insinuar el tema o el asunto, poniendo el observador el resto, viendo en la obra de arte el trazo o la sombra que no existe y que se adivina, y se quiso poner.

Y con Roberto Domingo y Antonio Casero, Saavedra, otro buen dibujante, que recoge la escuela y la técnica de nuestros mejores impresionistas, pero dándole, claro está, a su obra un peculiar estilo una manera de crear a la vez privativa de su temperamento y concepto artístico, como acontece con ese otro joven y ya notable impresionista taurínico que se llama José Luis Dávila, en cuyos dibujos vive y alienta un entusiasmo promotor de una obra en su día francamente elogiable.

Y con ellos no pocos dibujantes, comprometidos con las técnicas y buenas maneras de crear de los grandes maestros, que habrán de constituir algún día ese bloque artístico no divorciado con los cánones estéticos y la técnica, que desde la "Tauromaquia" de Goya se implantó en España, como un modo de ver y entender la fiesta nacional, a través del arte impresionista, del que nunca España careció de maestros.



Y con ellos no pocos dibujantes, comprometidos con las técnicas y buenas maneras de crear de los grandes maestros, que habrán de constituir algún día ese bloque artístico no divorciado con los cánones estéticos y la técnica, que desde la "Tauromaquia" de Goya se implantó en España, como un modo de ver y entender la fiesta nacional, a través del arte impresionista, del que nunca España careció de maestros.



PROGRESION CRECIENTE

Por JOSÉ CARLOS DE LUNA

UN duro la entrada de sombra y diez reales la de sol. ¡Tiempos del Guerra, Fuentes, el Espartero...! ¡Toros de Ibarra, de Saltillo, del duque...!

«¡Sol y sombra! ¡Sol y sombra!», voceaban los vendedores en las puertas de la plaza. La reventa era ocasional. Cobraba un «espada» dieciséis mil reales, y valían seis toros, de cinco a siete años, treinta mil.

¡Tiempos de Bombita y Machaquito, de Rafael el Gallo, de Vicente Pastor...! Mil duros un primer «espada», y dos mil seis quinientos de Urcola, de Pablo Romero, de Concha y Sierra. Ocho pesetas la entrada de sombra.

¡Tiempos de Joselito y Belmonte! Dos mil duros el maestro y quince mil pesetas la corrida de Parladé, Félix Moreno, Vicente Martínez... Tres duros la sombra y treinta reales el sol. La reventa ya es cosa perfectamente organizada. Asistir a una corrida comienza a ser para mucha gente un sacrificio económico; pero todavía no es un lujo. ¡Claro que no tenía por qué serlo! El espectáculo más nacional es tan de España como el azul de su cielo y el olor de su campiña.

Insensiblemente — para un reloj de iglesia — pasan unos años con sus duelos y quebrantos, y nos encontramos en el que corre, cuando el sueldo, el jornal o lo que sea de un astro taurino es, por término medio, de veinticinco mil pesetas—excluimos las desconcertantes y anti-páticas exageraciones—y el precio de una corrida de toros (!) sesenta mil pesetas. ¿La entrada? Nada tan caro como las parodias.

Si comparamos cifras, vemos que hasta nuestros días siguieron casi una ley de proporcionalidad: Cuando el torero triplicó el precio de su trabajo, el ganadero no elevó sino en una mitad el de la corrida.

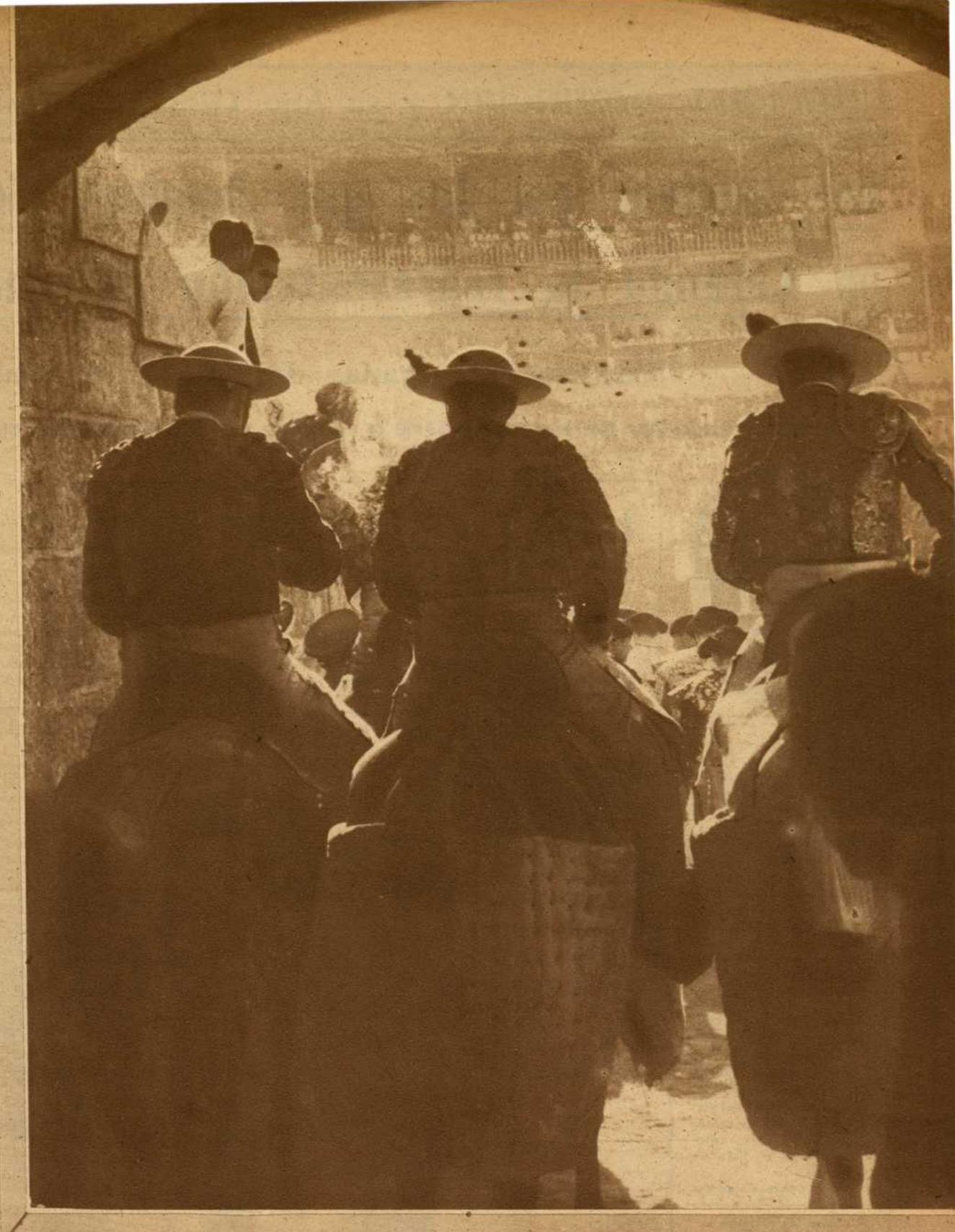
Hoy, que el torero lo aumenta en dos tercios, quizá pudiera explicarse que el ganadero lo imitara... con largueza, y que pretendiera por sus seis cuatreños las treinta mil pesetas. ¡Ya está bien! Pero... ¿por qué sesenta mil? ¿Qué pasa para que un cuatreño—nos da grima decir utrero—valga dos mil duros?

Aquí queríamos llegar, preparando el campo a nuestra disquisición y ofreciendo al que la lea esta fuente de la que mana un juego de surtidores, eso tan desagradable y odioso que se denomina abuso. El torero quizá pueda justificarlo—siempre hasta cierto punto—con el pericance a que expone el salero de su cuerpo, trágico en algunas ocasiones, y también con aquello de que su nombre redondea un cartel y una taquilla. Pero, ¿el ganadero?

Bueno está, y es lamentable, que dejara de ser la cría de reses bravas afición costosa y lujo señorial; pero es inadmisibles que amparándose en ese mismo lujo florezca la ambición con la acometividad y el nervio que regularmente faltan al ganado. Ni criar toros es labor de titanes, ni el capital invertido en tal menester corre temporales distintos a los de otros negocios, ni la tarea requiere insuperables dotes de cultura, ni siquiera de gramática parda. Y como al hablar de esto no salen a lucir sino zahones y chaquetitas cortas, y a relucir oropeles de caramelo y de folklore amanado, metámonos ahora en el despacho del amo, en la casa de la dehesa o en la del pueblo, y abusando una vez de su confianza, a cambio de las muchas que abusó él de la nuestra, hojeemos las libretas íntimas, esas del cajón de la derecha, y después del curioso, sin otros testigos que las cabezas de toros discadas y su polla, echemos un cigarro con el conoedor, que ni se atranca ni balbucea contando sus quehaceres porque ignora el alcance que de saberlo daría el amo a su verbosidad, poniéndole el hato en los Picos de Urbión o en el Veleta. Claro es que toda esta pequeña habilidad no es sino por ahorrar tiempo y no consumir paciencia, porque el laboratorio está a la intemperie y sus murallas son de hiecos de acebuche y alambre de espino.

En las ganaderías mansas los machos se venden erales poco antes de que se agoste la hierba; esto es, a fines de mayo.

Un eral pajuno pesa—sobre canal hablamos—alrededor de los 150 kilos, que a nueve pesetas hacen 1.350 pesetas.



Un eral bravo, de estos de ahora, pesa un 20 por 100 menos; pero mirado como res de negocio hay que suponerle el mismo valor, y como a esta cabeza herrada hay que aguantarla todavía dos años en la dehesa, veamos su coste durante ellos:

De grano en piensos	2.500 pesetas.
De veinticuatro meses de pastos	720 id.
De ganaderos y faenas	360 id.
Seguro de posibles contingencias (sobre casta).....	250 id.

Total de gastos 3.830 pesetas.

Tres mil ochocientos treinta pesetas. ¡Atando los perros con longaniza! Valor del cuatreño en venta: Su estimativo valor de eral más estos gastos, esto es: 5 180 pesetas, en las que van incluidas las ganancias del ganadero como criador y recriador, como labrador y como terrateniente, ya que beneficia sus granos y cobra sus pastos y guardería. ¿Qué vamos a decir si, como por lo común sucede, vende utreros? El valor en venta de uno de éstos, jugando cifras parejas a las concertadas, sería 3.265 pesetas. ¿Por qué quiere usted 10.000 pesetas por un utrero? ¿Tiene música? ¿Un diamante en el bofe? ¿Acaso su divisa llena las plazas?

Todos los toros son hoy como esos caballos de las cajas de soldaditos de plomo, hechos a molde, sin otras variantes que la pintura. Así, ya que las corridas de toros de ahora no calan al corazón porque no pasan de la retina, quizá pudieran los ganaderos encontrar en los colores al duco aplicados a sus toros a natural expansión a sus gustos y la clave e su personalidad



Los motivos por los que Domingo González ha delegado en Lalanda la representación del menor de sus chicos

"Venimos con ganas de renovar el ambiente taurino"

El nuevo matador de toros aspira a torear en Madrid el mayor número posible de corridas



—Dominguín, para, a falta de otra cosa, recabar una ampliación sobre la noticia que tanta polvareda ha levantado.

Tuve suerte, pues cacé juntos a los dos veteranos compadres. No sin cierto regodeo emanado de un inconfesable espíritu de revancha hice caso omiso al intento de la doméstica de recluirmé en otra habitación, y sin más preámbulos me colé bonitamente en el despacho donde platicaban Domingo y Marcial.

Pasando por alto la mirada asesina con la que ambos quisieron pulverizarme, recurri al viejísimo sistema de intentar confundirlos, anteponiéndoles mi lista de agravios.

—¿Les parece bien haber reservado su secreto durante las últimas entrevistas que con ustedes sostuve?

Una tática mirada de ambos, y al fin sale por delante Marcial para decir:

—Al buen callar le llaman Sancho, amigo reportero, y hasta que no estuvieran nuestros planes en su madurez, hubiera sido prematuro hablar de ellos.

—¿Cuándo decidieron esta mancomunidad?

—A raíz de la primera novillada que toreó Luis Miguel en Madrid; entonces fué... cuando caí en la cuenta—le interrumpe Domingo—de que yo, lejos de ser una ayuda, constituiría una rémora para mi hijo. Lo importante era ponerlo en manos de una persona que queriéndolo casi tanto como yo, pudiera limar sus defectos y pulirlo con una objetividad para cuyo menester la paternidad estaba en pugna.

—¿Por qué fué precisamente Marcial la persona elegida para mentor de su hijo?

—Por muchas razones, nacidas todas del afecto que nos une a Marcial y él a su vez a todos los de esta casa. Nos atan lazos de paisanaje en cierto modo; Marcial nos acompañó siempre en todas nuestras penas y alegrías; es padrino de pila de uno de los chicos e incluso llegamos a torear juntos. Esto unido a que mis hijos sienten por él tanta admiración como respeto, hacían a ninguno mejor que la persona elegida.

—¿Le fué fácil persuadir al ya flamante apoderado?

Es éste el que ahora toma el hilo del diálogo.

—Durante mucho tiempo estuve negándome a los razonamientos de Domingo, precisamente por los que a bastantes les habrá hecho exclamar: «Pero, ¿qué necesidad tenía ese hombre de abandonar su cómodo papel de espectador?»

—Entonces, ¿por qué se ha decidido a hacerlo?

—Verá usted. Mis veintinueve años pasados en contacto activo con la fiesta eran demasiados para que se enfriaran de repente. Volver a ella para actuar como antes, eso hubiera sido una locura. Como elemento pasivo, ya la cosa cambiaba esencialmente. Para decidirme a aceptar las sugerencias que el amigo Domingo me proponía, no me hacía dudar Luis Miguel, sino el enrarecido ambiente de la tramoya taurina.

—Lo cierto es—corrobara Dominguin—que habe de insistir lo mío hasta conse-

Dos noticias, en muy breve intervalo de tiempo, han puesto al rojo vivo los comentarios de las tertulias y corrillos taurómicos. Una, la llegada de los diestros mejicanos, y otra las nuevas actividades relacionadas con la fiesta, de Marcial Lalanda.

Al ex torero de Vaciamadrid se le consideraba dedicado por entero a sus inquietudes camperas, sin contacto aparente con los primeros planos de la tauromaquia. No hace muchos días hube de departir con él y con Dominguin padre, y ambos tuvieron buen cuidado de no dejar traslucir los planes que por lo visto desde hace tiempo venían maquinando.

Un poco amoscado por el mutismo anterior, he vuelto al domicilio del fundador de la actual dinastía

guir vencer los escrúpulos de este hombre. Mi vida no está muy sobrada de aciertos, pero así como no me equivoqué al vaticinar que tanto Ortega como Gagancho serían figuras señeras de la tauromaquia, tampoco ahora creo haberme confundido al adoptar esta decisión.

—Todo eso estará muy bien, pero no ha dejado de extrañar que usted, de repente, haya delegado en otra persona los asuntos de su hijo.

—Ya he dicho que los padres sólo vemos para nuestros hijos risueños horizontes, existiendo siempre el peligro de bordear el exagerado optimismo, que nada bueno suele aportar. Además, ocurre que mientras Marcial se halla en plenitud de energías, yo estoy ya en condiciones para «el pase a la reserva».

—Veamos los propósitos que traen el director artístico y el nuevo matador de toros.

—Es preciso sacar a la fiesta del cerrado horizonte de monotonía que la circunda. No hay porqué ocultar que nosotros venimos con ganas de renovar el ambiente, con lo que todos saldrán ganando, y muy especialmente el público, al que todos nos

debemos. En cuanto a mi línea de conducta, de sobra es conocida: ante todo ir con la verdad por delante y siempre provisto de un espíritu de buen compañerismo que vaya desde los pequeños a las primeras figuras del actual escalafón.

—¿Y concretando a Luis Miguel?

—Me gustaría que por este año torea un reducido número de corridas; posiblemente, luego hagamos un viaje, todavía en proyecto...

—... a Colombia y Venezuela.

—Usted se lo dice todo, amigo. En la temporada próxima, Luis Miguel realizará lo que todos los toreros coleados suelen hacer: torear en provincias, pero sin descuidar intervenir en la Monumental de Madrid cuantas corridas se puedan.

—¿Ha dicho usted torear en Madrid las primeras figuras del toro? Eso rezaba para Lagartijo y Frascuelo, o cuando más para esos dos «torerillos» que se llamaron Joselito y Belmonte.

—Allá cada uno con

sus decisiones. Lo que yo puedo afirmarle es que Dominguin no se retractará de torear en el primer ruedo del mundo.

—Hasta ahora nada ha dicho sobre el juicio que le merece su torero.

—Diecisiete años, valor y voluntad, son estimables condiciones para llegar con un poco de suerte a ser una de las primeras figuras. Necesita hacerse, pues todavía está en agraz. De seguir como hasta aquí, pronto cuajarían en realidades lo que por ahora sólo constituyen unas esperanzas.

—Y de otras actividades de usted, como por ejemplo ciertos asuntos de allende los mares, que se le adjudican.

—Hablar de ello sería prematuro. A su tiempo debido lo daría a conocer por conducto de la importante Revista que ustedes hacen.

Como hiciera su llegada de la calle el menor de la casa, aproveché para preguntarle:

—¿Qué te ha parecido la decisión paterna?

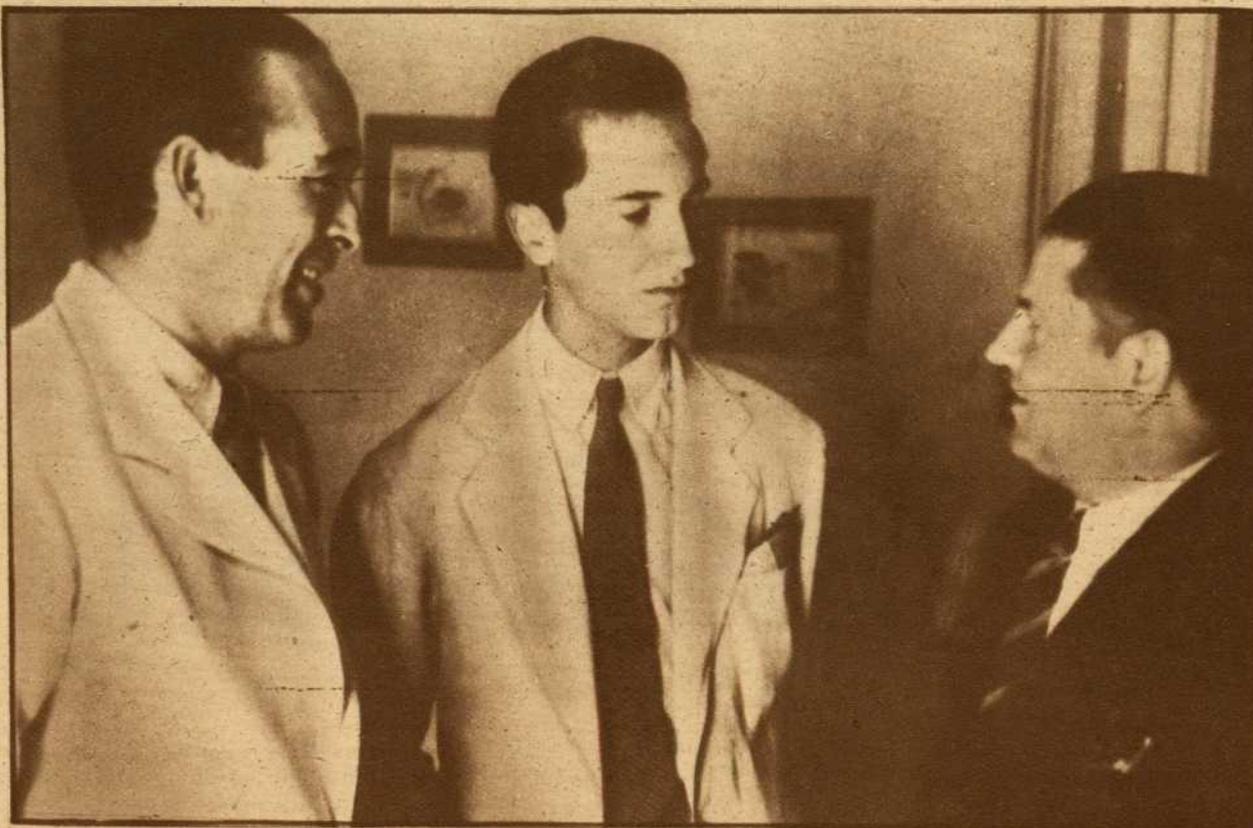
—Pues que es una de las mejores cosas que ha hecho mi padre en toda su vida, y eso que a mi juicio ha hecho muchas.

—¿Has notado el cambio de novillero a matador de toros?

—El salto es un poco fuerte, más que por el toro por la superior calidad de los compañeros con los que hay que competir, lo que hace que la responsabilidad en la Plaza sea mucho mayor.

—Una última pregunta: ¿Juzgas beneficiosa para la fiesta la aparición de los mejicanos?

—Lo estimo muy interesante, pues los diestros mejicanos aportarán un acicate y una competencia que es lo que siempre precisó la fiesta nacional para su mayor esplendor.



Luis Miguel con su padre y Marcial Lalanda

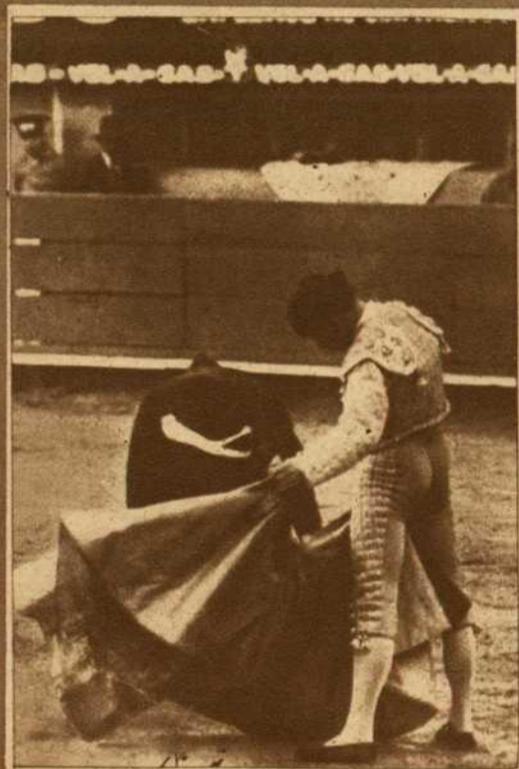
La gravísima cogida de MANOLO ESCUDERO el lunes en la Plaza de Toros de San Sebastián



Nuestro redactor gráfico Marín ha recogido en estas interesantes fotografías dos emocionantes notas de la corrida del lunes en la Plaza de Toros de San Sebastián; son éstas las de la gravísima cogida del diestro madrileño Manolo Escudero, que sufrió en el sexto toro al hacer un quite al mejicano García.—Arriba: El instante de la cogida.—Abajo: El momento en que en brazos de las asistencias es trasladado a la enfermería

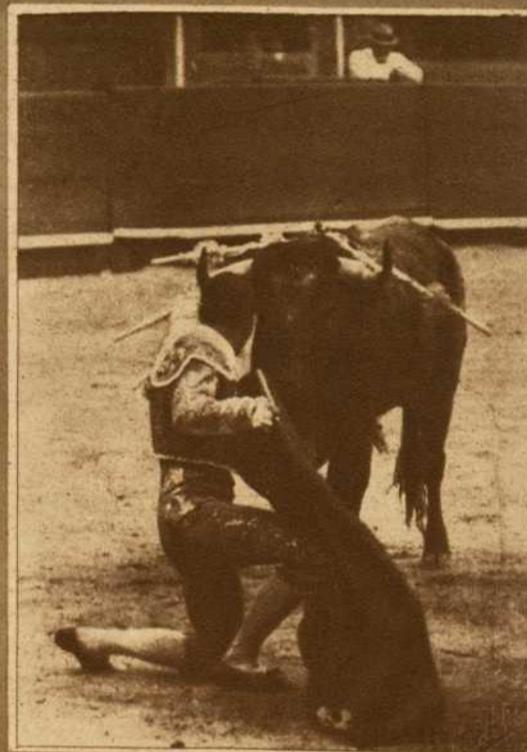


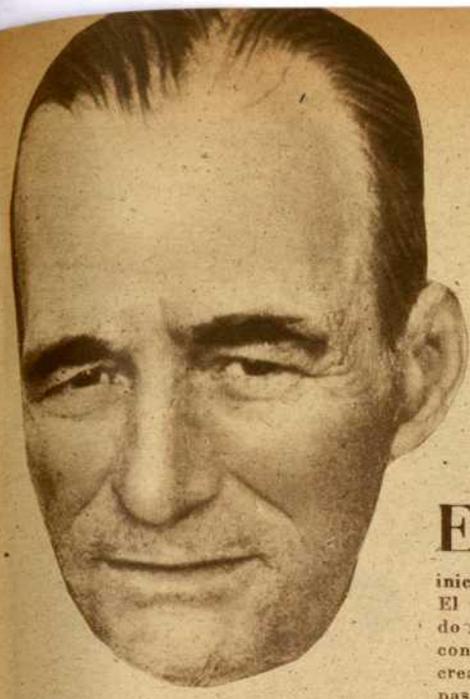
El Soldado y sus grandes éxitos en Portugal



Dos corridas ha toreado en plazas portuguesas los días 17 y 20 ese gran torero mejicano conocido por El Soldado. En la del 17 actuó con El Estudiante y Manolete, y en la del 20 como único espada. En ambas actuaciones, el arte singular de tan gran figura del toreo brilló con cegadora potencia, y aun cuando las Empresas del país vecino, atraídas por el señuelo de los llenos rebosantes registrados al conjuro de su nombre, han pretendido encadenarle a sus plazas con nuevos y tentadores contratos, Luis Castro ha renunciado a ellos para venir a España, donde el día 3 de septiembre hará su presentación.

El Soldado, figura cumbre de la tauromaquia mejicana, está a punto de llegar a España, y seguidamente presenciaremos una verdadera invasión de arte, elegancia y majestuosidad.





GENIO Y FIGURA

De PUNTERET a don Juan Cecilio

ESTA vez el ambiente familiar no cuenta para nada en la iniciación de este torero. El padre fué un afamado maestro de obras que con su trabajo supo crearse un acomodado pasar. El gusanillo tau-

rino debió de iniciarse en la época en que Juan Cecilio, Manuel Bienvenida y otros muchachuelos no conocían mejor esparcimiento que jugar al toro.

Por seguir el ejemplo de sus amigos, Juan marchó a las cañas castellanas, donde pronto consiguió distinguirse entre todos sus competidores. De corta estatura y enjuto de carnes, parecía más añado de lo que era en realidad y a la gente gustaba verle manejar el capotillo con más valor y destreza que muchos dotados con mejores facultades.

En una de sus actuaciones por tierras levantinas, por su analogía física con el famoso banderillero Juan Sanz Punteret, públicos y revisteros fueron adjudicándole el citado apodo, hasta quedarle de un modo definitivo.

Con José Morales, Ostioncito, integró una cuadrilla juvenil titulada de «Niños madrileños», toreando muchas tardes en la Plaza de Tetuán. La primera intervención de Punteret, en la Plaza de Madrid fué en calidad de banderillero, en un festival celebrado a beneficio del subalterno madrileño José Martínez Pito, celebrado el 1.º de noviembre de 1903. Dos años más tarde volvía a aparecer, pero ya con carácter de matador de novillos, con caballos, con motivo de celebrarse otra corrida benéfica, esta vez a favor del picador Miguel Melero. Se lidió aquella tarde ganado de don Víctor Biencinto y con Punteret alternaron Negrete, Castilla y el Carbonero. Juan Cecilio tuvo el rasgo de valor de desasirse de las asistencias cuando lo conducían a la enfermería por haber resultado cogido, para volver a empuñar estoque y muleta y despachar a su enemigo, cayendo inmediatamente sin sentido por el esfuerzo realizado. Durante seis temporadas supo mantenerse Punteret entre el plantel de novilleros de máxima categoría, demostrando a los agoreros que profetizaron que nunca haría nada de provecho en el toreo, lo infundado de tales afirmaciones.

El 12 de febrero de 1911 tomó la alternativa en Alicante, con ganado del duque de Veragua, actuando de padrino Tomás Alarcón, Mazzantinito, y acompañándoles Antonio Boto, Regaterín. Cinco meses después se verificó la confirmación, actuando el mismo padrino de la anterior ceremonia, con toros esta vez de Quijano. Punteret estuvo muy suelto y muy valiente confirmando el excelente prestigio que ya poseía.

Cuando todo hacía predecir el rápido encumbramiento de este torero, surgió la enconada y tenaz enemistad con Retana, gerente de la Empresa madrileña, y durante cuatro años estuvo Punteret ausente de los carteles de la Plaza vieja. Al fin, el 14 de julio de 1918, consigue su inclusión para lidiar una corrida que otros diestros habían desdeñado. Lejos de amilanarse, el torero madrileño estuvo formidable toda la tarde, y a la hora de matar, que siempre fué su flaco, estuvo muy bien e incluso mató recibiendo a uno de sus enemigos.

En tanto que la Plaza de Madrid le estuvo vedada, Punteret acrecentó su fama en cuantas capitales de provincia actuó, y fué muy corriente que su nombre apareciera junto a la pareja cumbre Josefito-Belmonte.

Una vez, por acudir en socorro de José Gómez, volteado y cogido por un toro de Concha y Sierra, Juan Cecilio sufrió una grave cornada. Asimismo fué el único torero que actuó mano a mano con Belmonte, lidiando ganado de Miura.

Punteret dió la alternativa al mejicano Luis Freg, en Plasencia; al extremeño Angelete, en Talavera; al bilbaino Ale, en Madrid, y al peruano Arequipeño, en Barcelona.

Lo terrible de la vida de Punteret son las cornadas. Diecisiete llegó a recibir, siendo las más graves una recibida en una corrida de la Prensa, en Barcelona, toreando con Rafael el Gallo, Vicente Pastor y Belmonte; un «veragua» le infirió otra al entrar a matar, y ahora, pasados los años, todavía causa espanto con sólo verle la cicatriz en su pecho.

Otra vez, un astado de Miura lo puso a las puertas de la muerte en una corrida celebrada en Valencia, en la que alternaba con El Gallo y Agustín García, Malla.

Cuando llevaba diecinueve años en la profesión y había estoqueado 1.622 reses, hubo de retirarse Punteret a causa del conflicto promovido por la decisión de los empresarios de incluir a los toreros bufos en carteles de lidia formal. Esta determinación, agravada con la de consentir la misma intromisión con varias cuadrillas femeninas, llevó a los toreros a una huelga que duró cuatro meses.

Salieron con la suya los protestantes, y desde entonces los «Charlots» y similares intervienen con absoluta independencia de los toreros e incluso sin hacer el paseillo conjuntamente; pero las Empresas tomaron represalias contra los que más se habían distinguido, y Nacional I, Paradas, Facultades y Punteret pagaron las consecuencias, e incluso Gaona, que a raíz de este incidente hubo de regresar a su país para no volver a pisar los ruedos españoles.

En la actualidad, Juan Cecilio desempeña el decanato de los asesores de la Plaza Monumental. Afirma que el asesorar no le hace resucitar antiguos recuerdos, y desde su cargo entiende que debe procurar, por un sentimiento de humanidad, sea el toro el que lleve las de perder.

Nunca vió a la fiesta con más auge que en la actualidad, aunque si lamenta que hoy no se lleve a cabo con todas sus consecuencias y sin petos, para que la suerte de varas recobrarla la belleza perdida.

Por si Punteret tuviera poco con las cornadas sufridas, desde hace cuatro años viene sufriendo una dolorosa enfermedad que casi le impide articular palabra.

Su mejor lenitivo es su único hijo, llamado igual que él, y que ha salido con sus mismas aficiones. A los diecisiete años ha vestido por primera vez el traje de luces, y su actuación en Castro Urdiales ha merecido la concesión del supremo galardón.

El viejo Punteret siente la alegría de ver cómo la savia taurina ha resurgido en su hijo, asegurando así una dinastía forjada en el tesón y en el valor.—F. MENDO



Los clásicos momentos de Punteret en su época de matador de toros.—Arriba: Una verónica "a la antigua usanza".—Abajo: Un ayudado por alto, como iniciación de una buena faena



En el año 1935...

Cuando ANTONIO FUENTES, VICENTE PASTOR Y REGATERIN dieron el último adiós a la Plaza vieja de Madrid



ERA una mañana del mes de noviembre de 1935 cuando entraban por la ruinosa y casi deshecha puerta grande de la inolvidable Plaza tres figuras de aquellos remotos tiempos, cuando uno de éstos era excelente banderillero, levantando grandes ovaciones al

presenciar la magna y vistosa ejecución que realizaba el inolvidable maestro, cuando se unía con suma perfección ante la cara de la fiera clavando en la mismísima péndola de los astados aquellos maravillosos pares de banderillas. ¿Quién podía ser el gran artista sino Antonio Fuentes, primerísima figura en sus buenos tiempos, que, deseoso de recordar sus grandes triunfos, visitaba por última vez la histórica Plaza madrileña acompañado por los no menos afamados toreros Vicente Pastor y Antonio Boto, Regaterín?

Los tres ases, de común acuerdo, habían acordado acudir a la que fué famosa Plaza de Toros para darla el último adiós.

Sus rostros marcaban la tristeza al presenciar la destrucción de aquel redondel que tantas glorias les había proporcionado.

...

—Fíjate, tocayo—exclama Antonio Fuentes dirigiéndose a Regaterín—. ¿Ves aquella barrea del 10, la parte donde ya está deshecha? Pues bien: allí conocí una de las mujeres más bellas de mi juventud, tanto, que su belleza influyó para que aquella tarde triunfara plenamente. Me dió aliento, valor y seguridad en todo cuanto hacía, consiguiendo uno de mis resonados triunfos en la Plaza madrileña.

La brindé el toro, que hice rodar sin puntilla; momentos después contemplaba absorto en mis manos unos bellísimos claveles. Ella me los había echado. Di la vuelta al ruedo, y cuando quise verla nuevamente, había desaparecido. Ya no la volví a ver más.

...

—¿Qué haces, Antonio?—pregunta Vicente Pastor a Regaterín al encaramarse para saltar al tendido empleando una agilidad pasmosa como si los años hubiesen pasado inadvertidamente.—¿Ves, querido Vicente, cómo puedo competir con la juventud de hoy? Pues bien; ya que he conseguido hallarme donde deseaba, te diré: Desde este mismo lugar presencié, cuando aun era un chiquillo, la primera corrida en esta simpática y querida Plaza. Sentía mi primera afición por la arriesgada profesión. Había ya torcado con éxito algunos becerrillos y toda mi ilusión era la de poder llegar a debutar algún día en el ruedo de Madrid.



Noviembre de 1935. Fuentes, Pastor y Regaterín, en aquella visita a la Plaza de sus grandes recuerdos... ¡Inolvidable adiós a lo que ya no volverían a ver!



—Querido compañero: todas aquellas ilusiones se realizaron y se acabaron de la misma manera que desaparece este viejo anillo, que tantas ilusiones ha proporcionado durante su existencia.

Fijo, con la vista puesta en un tendido de sol, Vicente Pastor recordaba sus buenos tiempos, cuando una tarde de primavera, presenciando una de las más encopetadas corridas, no pudiendo resistir la tentación, saltó sobre los espectadores con su blusa en la mano hasta conseguir pisar el redondel. Aquella tarde, el gran Vicente Pastor era bautizado por la afición madrileña con el sobrenombre de

Chico de la Blusa; después de marcar unos soberbios lances con su blusilla, recibió una gran ovación, mientras los guardias se lo llevaban detenido.

Largo, muy largo, fué el tiempo que invirtieron durante su visita estos tres hombres, unas veces alegres, mientras se contaban sus anécdotas, y tristes cuando se daban cuenta de la desaparición de aquella huella que tanto les hacía recordar... Silenciosamente caminaron hasta llegar bajo el palco de la presidencia. Por fin, rompe Antonio Fuentes el breve silencio.—¿Recordáis aquella corrida que también nos reunimos los tres en este mismo lugar para saludar al usía? ¡Qué tiempos aquellos!

Ha llegado la hora de la marcha; las tres figuras de antaño abandonan las ruinas. Ya en la animada avenida, alejados de la Plaza, vuelven por última vez su mirada hacia la mole que se derrumba... Las gargantas apretadas, los ojos con lágrimas...

DE VERDE Y ORO VESTIA...

Ocho caballos llevaba el coche del ESPARTERO...

Por MANUEL MACHADO

CORRIAN los buenos tiempos en que las ideas se paseaban por el cerebro de los españoles por parejas... como los guardias del Orden por las aceras de la Villa, Cánovas y Sagasta, Calvo y Vico, Gayarre y Massini, Campoamor y Núñez de Arce, Lagartijo y Frascuelo. Y se daba el caso curioso—y gracioso—de que los canovistas eran partidarios de Calvo, de Gayarre, de Núñez de Arce y de Frascuelo; los sagastinos, a su vez, se mataban por Vico, por Massini, por Campoamor y por Lagartijo.

La retirada de Frascuelo estuvo a punto de descomponer definitivamente el par taurino, dejando a Lagartijo sólo en el palenque, si no hubiera surgido viva, vehemente y ardiente, la competencia entre Guerrita y el Espartero. ¿Cómo pudo establecerse esta competencia entre un torero que lo sabía todo, que lo podía todo, y otro que apenas sabía ni podía nada?

Pero es que Manuel García era todo verdad. Rafael Guerra, corrobés, banderillero y discípulo aventajadísimo de Lagartijo, fue acaso el más admirable representante del toreo sevillano, todo floreos, adornos y alegrías. El Espartero, sin aprendizaje ni antecedente alguno, tenía más bien la sobriedad rondeña, acaso por una absoluta falta de facultades, para correr y dominar al toro. Lanceando de capa, el Espartero lo hacía en absoluto de frente y no separaba el capote hasta que tenía al animal encima. No bajaba los brazos ni cargaba la suerte ni recogía al toro. El toro volvía, sin embargo, tal vez a jurisdicción, porque había visto el cuerpo del lidiador... Y aquello era en verdad muy emocionante.

Con la muleta... Manuel García no la cogió casi nunca en la mano derecha. La derecha era para él, como señalaban los cánones, la mano de la espada. Pero es que, además, no podía con las dos cosas juntas. No sabía qué hacerse con todo ello. Cuando el toro se le venía al cuerpo, él le daba un pase cambiado, tan apretado a veces que las astas se llevaban los alamares. Pero la muleta no cambiaba de mano. Tampoco quería—ni sabía—torear por la cara. Cuando el morlaco se le entablaba, en lugar de sacarlo de allí saltando hacia atrás con pases de tirón, el Espartero se pegaba también a la barrera y le ofrecía la roja franela, siempre con la mano izquierda... Y la cosa resultaba escalofriante, para todos menos para Manuel, que, como no sabía lo que era el miedo, seguía sonriendo divertidísimo, mientras los demás sentíamos ganas de tirarle algo a la cabeza...

Porque la característica principal del Espartero, torero sin maña, sin facultades y sin recursos de ninguna clase, era un perfecto desconocimiento del miedo. Su valor sereno y sonriente, más que valor, era una incapacidad absoluta de asustarse.

Y esta, que pudiéramos llamar inocente valentía—a prueba, empero, de cornadas, muchas y graves, hasta la última que le costó la vida—, daba al Espartero una simpatía inenarrable para con el público; como que de ella trascendía también la bondad de aquel alma primitiva y noble, tan simplemente heroica.

«Don Rafael: qué alegría tenía aquel toro. ¡En menos de cinco minutos me tiró más de cincuenta cornas!» El toro en cuestión, de quien Manuel hablaba con tal entusiasmo a su médico, mientras éste le levantaba un apósito, no había hecho más que derribarle bajo el estribo de la barrera, darle una soberana paliza, y para fin de cuentas, una tremenda cornada en el pecho que lo tuvo más de quince días entre la vida y la muerte.

Por cierto que, habiéndole prescrito el galeno un reposo absoluto y la más severa dieta, se lo encontró, a la siguiente visita, sentado en la cama y comiéndose con golosa delectación un cartucho de aceitunas...

Hijo de honrados trabajadores, y trabajador él mismo, en su adolescencia, en el ramo de la espartería, al que debió su mote, Manuel García no se «aseñoritó» nunca. El tenía la natural elegancia del pueblo sevillano... Vestía siempre con la mayor sencillez. Cuando le gustaba una tela, se mandaba hacer cinco o seis trajes de la misma. Y como los amigos le decían que así no se sabía nunca cuando estrenaba, él respondía, sin saber que establecía una norma de verdadera distinción: «¡Mejor!»

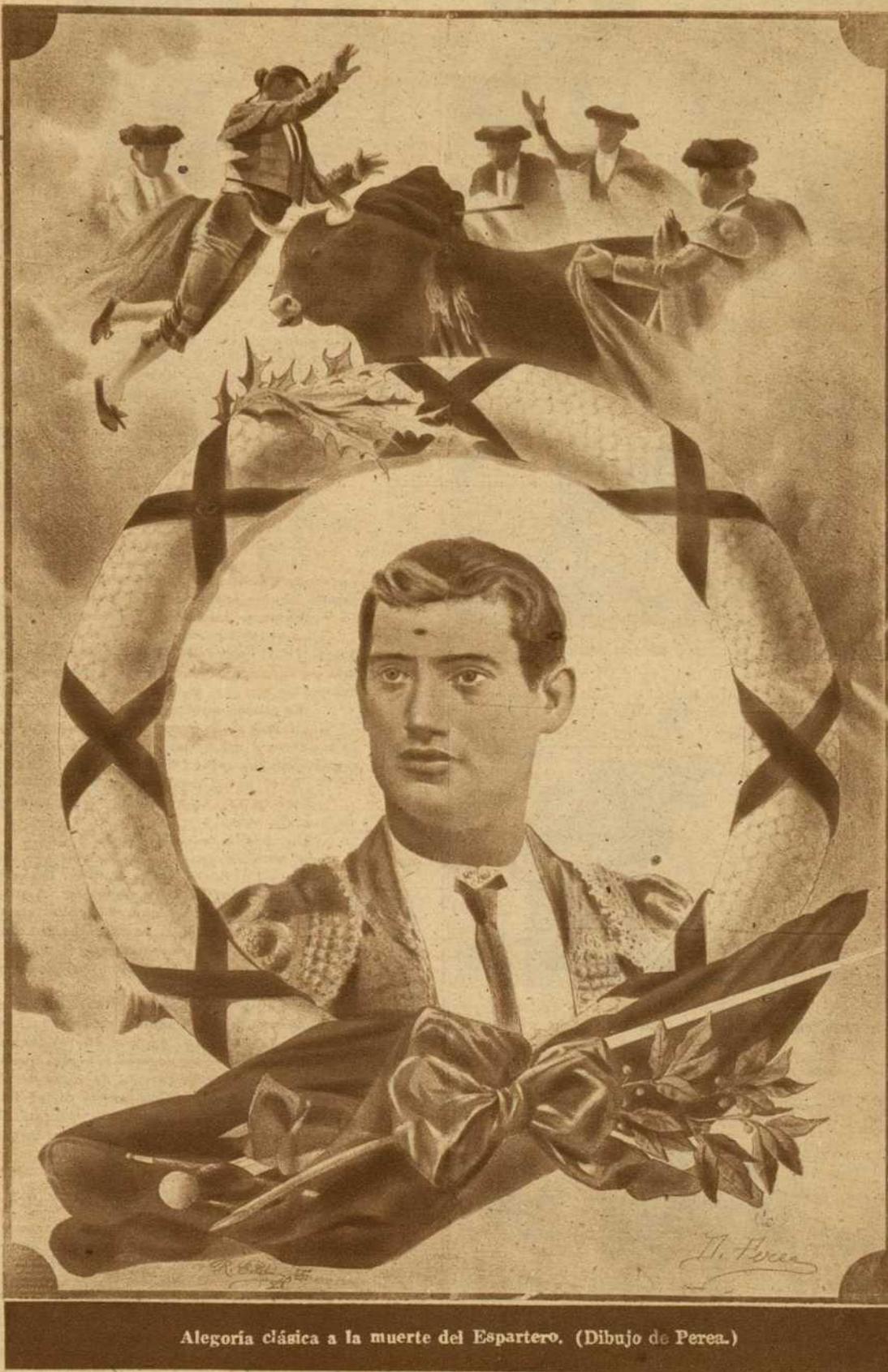
Su dinero, que corría a caño libre, iba siempre a socorrer penas y necesidades de cuantos se le acercaban. Es fama que a su tertulia del café Central no se llegó ningún pobre que no fuera socorrido.

En sus últimos años—que no tenían ciertamente el carácter de últimos—, sino de primeros de una nueva vida, más serena y tranquila—el Espartero se había hecho cargo de una de las más famosas ganaderías de toros andaluces, de que era propietaria la dama con quien él iba pronto a contraer matrimonio... Los torerillos incipientes—e insipientes—del barrio de Triana, que paraban en la esquina de Berrinches y en la taberna Honda, a la bajada del Altozano, solían cada noche de encierro descarriar, a su paso por allí, alguna res para entretenerse torcándola por las calles hasta bien entrada la mañana. Ni que decir tiene lo que esto perjudicaba al ganado, al ganadero... y al pacífico vecindario. Manuel García—que había sido cocinero antes que fraile—consiguió por las buenas y por el alto prestigio de su nombre que sus toros fueran respetados... A lo cual correspondía él pagando a los traviesos y futuros «maestros» todo el vino que quisieran beber a su salud en aquellas noches críticas...

La bondad de Manuel era tan grande, que ni el propio Guerrita, el coloso de la tauromaquia, con quien lo enfrentó su popularidad, le guardó rancor por los desatinos y temeridades a que, sin querer, le obligara en aquella absurda competencia. Es más, la víspera de la tarde trágica, Rafael quiso disuadir al Espartero, en la estación de Córdoba, de seguir su funesto viaje a Madrid. No lo consiguió. Manuel se había comprometido con el empresario de Madrid, el célebre Bartolo Muñoz, y su palabra valía más que una escritura... Pero lo que estaba escrito era otra cosa.

«Más cornas da el hambre»... La leyenda atribuye al Espartero esta frase verdaderamente lapidaria y tan llena de una profunda filosofía vital. Es posible que Manuel García la pronunciara. Pero, en todo caso, para con él no rezó verdad la famosa sentencia. Los toros le dieron muchas cornadas y de una cornada honda y certera, como una puñalada, lo mató un toro en Madrid una tarde de oro...

La enorme popularidad del Espartero—ningún torero la alcanzó semejante—hizo de



Alegoría clásica a la muerte del Espartero. (Dibujo de Perea.)

su muerte un duelo casi nacional. Y en Sevilla, un día de luto verdadero. Y el pueblo la cantó en coplas que lloraban la tragedia aun muchos años después de ocurrida.

*El veintiseiete de mayo
memorable quedará
del año noventa y cuatro,
que nunca se olvidará...*

Y la otra:

*De verde y oro vestía
el célebre matador
que en Madrid perdió la vida
por su arrojo y su valor...*

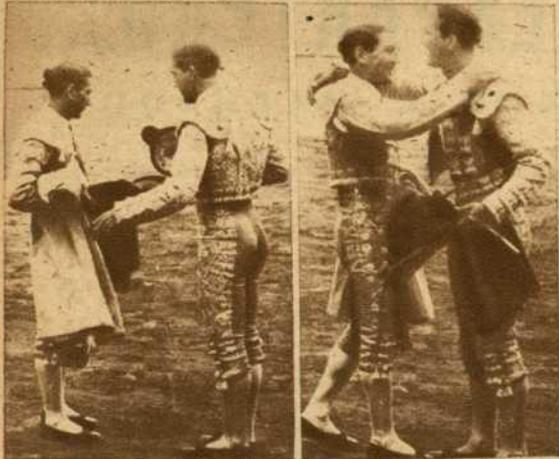
Y aquella, que luego se ha aplicado a tantos otros casos de duelo semejantes y que empieza:

*Ocho caballos llevaba
el coche del Espartero...*

Y muchas otras, más llenas de cariño que de admiración...

Alternativa de MONTANI en Barcelona

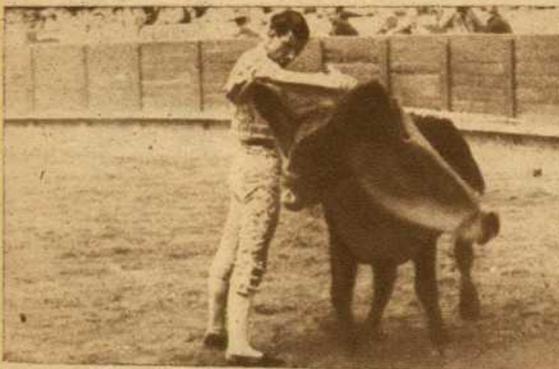
**GITANILLO de TRIANA
CARLOS ARRUZA**



Gitanillo de Triana dando la alternativa a Montani



Un buen pase por alto de Gitanillo de Triana



Arruza en un muletazo por alto a su primero



Montani en un pase en redondo al toro de la alternativa

**ANTONIO RANGEL
y LEOPOLDO RAMOS**

MATADORES DE NOVILLOS, MEJICANOS

Apoderado: DANIEL ARGOMANIZ

Escosura, 51

MADRID

Teléfono 45093

LOS VIEJOS DEL RUEDO



JULIO GARCIA, guardallavero de la Plaza, vió colocar la primera piedra del actual circo taurino

Julio Garcia, a simple vista, parece un hombre incapaz de alterarse por nada. Reflexivo, cachazudo, parco en palabras, es de esos seres de los que vulgarmente se dice que se les pasea el alma por el cuerpo. Y, sin embargo, no es menudo el carguito que tiene el amigo Julio en la Plaza de Toros. Nada menos que guardallavero, es decir, uno de los cargos de más responsabilidad y más comprometidos que existen.

Se comprende que Julio, a fuerza de berrinches, haya llegado a este estado de tranquilidad, de indiferencia, que incluso le ha hecho engordar. ¡Porque arreglado estaba si intentaba llevarlo todo a fuego y a sangre!

—Aquí donde usted me ve—empieza diciéndome—este cargo mío me proporciona muchos disgustos. Tengo que sostener verdaderas luchas con los golfós de la calle, que trepan como arañas por las paredes de la Plaza, se introducen en algunas de sus dependencias y...

—¿Se llevan algo?

—Usted verá! Se llevan lo que pueden, y no se llevan más gracias a las precauciones que yo tomo para que esté todo encerrado y fuera del alcance de las manos de esos granujas. Pero así y todo no puede evitarse algunas veces que me den el disgusto.

—¿Usted tiene las llaves de todas las dependencias de la Plaza?

—De todas, menos del palco presidencial y los corrales; pero esta excepción no evita que sean menos mis preocupaciones y quebraderos de cabeza.

—¿Lleva usted mucho tiempo en el cargo?

—Veinte años. Durante todo ese tiempo me he acostumbrado a los golpes, y si bien es verdad que a mí me traen de cabeza los golfós, no lo es menos que yo también les hago pasar a ellos lo suyo.

—¿Cómo se le ocurrió a usted solicitar este cargo tan comprometido?

—Ea! Cosas de la afición. Cuando era joven no sabía qué hacer para estar cerca de los toros y trabajar en algo que tuviera relación con la fiesta taurina.

—¿Hubiera usted querido ser torero?

—No, señor. Nunca me dió por ahí. Pero esto no quita que haya sido siempre un gran aficionado. A mi modo, yo me he considerado siempre muy cerca de todas estas cosas de toros, y me enorgullece haber cumplido una misión que no juzgo mejor ni peor que otra cualquiera.

—¿Cómo se las arregló usted para obtener el cargo que ocupa?

—Lo obtuve por mediación de don Andrés Blanco, maestro de obras de la Plaza y jefe del despacho de billetes. Yo vi colocar la primera piedra de esta Plaza y le tengo cariño a todo esto. A pesar de todo, yo no sabría ya vivir en otro ambiente ni de otra manera. Es mucha la fuerza de la costumbre, y, si bien se mira, en todas partes hay que luchar y se tienen contrariedades.

—¿Su misión aquí se reduce solamente a ser el guarda de la Plaza y el depositario de las llaves?

—Además de esas tengo otras obligaciones que cumplir. Por ejemplo, todos los trámites de la facturación de los toros y del descajonamiento de los mismos corresponden también a mi competencia. Aunque en otro sentido, no son estas funciones de las que menos que hacer me proporcionan.

—¿Tiene usted predilección por alguno de los toreros que monopolizan los carteles actualmente?

—Verá usted. Yo no quiero aludir ni menospreciar a nadie, pero da la casualidad que los toreros que a mí me gustan, pues...

—¿No puede usted decirlo?

—Si, hombre, ¿por qué no? Ahora que tal vez parezca un poco extraño. Pero, en fin, se lo diré a usted. Los toreros de mi devoción desde que tuve la suerte de verlos torear son Garza y el Soldado. Ya ve usted: yo no tengo la culpa de que los dos sean mejicanos, ni puedo tampoco evitar que sean éstos y no otros los que más me gustan.

—¿Les ha visto usted hacer alguna faena emocionante?

—¿Alguna? Muchas... Son toreros que siempre que se ponen delante de los toros es para hacer algo... estupendo. No creo, por lo demás, que tenga yo la exclusiva en esta opinión.

—Eso en cuanto a los mejicanos; y respecto a los españoles, ¿no ha habido ninguno que merezca el homenaje de su admiración?

—Lo ha habido, sí, señor, y para mí tan grande como el que más: Manolo Bienvenida, un torero joven, alegre, simpático y con mucha salsa torera. ¡Lástima que estas figuras del toreo se malogren cuando más pudieran hacer por la dignificación y el engrandecimiento de la fiesta taurina!

—¿Son mejores los toreros actuales que los que usted conoció en su juventud?

—En general, una corrida de toros de ahora es más interesante que las que se celebraban en mis buenos tiempos de juventud. ¿Cómo se lo diría? Es un toreo más... bonito, más científico. Los toreros de mi tiempo eran más rudos, menos elegantes, y aunque se daban al toro con un desprecio absoluto de la vida, su valentía, su sacrificio, no tenían la emoción espectacular que, en igualdad de circunstancias, ofrecen los toreros de ahora.

—¿No dependerá de que también los toreros de ahora son más jóvenes que los de antes?

—Tal vez sea eso. No hace el mismo efecto ver a un hombre maduro delante de un toro jugando la vida que ver a un niño realizando esa misma proeza. Además, los toreros antiguos salían, por lo general, de las profesiones rudas y oscuras, como mayores, vaqueros, matarifes, etc., mientras que ahora salen de los colegios aristocráticos y de las escuelas de tauromaquia. Hay un abismo de diferencia en los procedimientos, aunque los fines a realizar sean los mismos. De ahí precisamente la fuerza del contraste entre unos y otros toreros.

Julio Garcia que, entre otras muchas, conserva también en su poder las llaves de la Administración de la Plaza y las de la Enfermería, termina su relato refiriéndonos una anécdota, entre jocosa y sentimental, relacionada con esta última dependencia.

—Una tarde hacía yo la requisa de la Plaza—dice—, y al llegar cerca de la Enfermería percibí un ruido sospechoso, como de alguien que se movía por allí adentro... Agucé el oído, y, tomando mis precauciones, me acerqué hasta allí y abrí la puerta súbitamente. Un rapazuelo como de unos quince años se hallaba ante el armario del botiquín tratando de forzar la cerradura. Lo atrapé y le interrogué colérico:

—¿Qué vienes a hacer aquí, granuja?

El chico me miró estupefacto y se disculpó, lloroso y humilde:

—Nada malo, señor. Estoy buscando una caja de inyecciones de aceite alcanforado que necesito para mi madre, que se está muriendo...

—¿Y vienes a robarlas?

—No, señor. Vengo a cogerlas, aunque después tenga que devolver el importe. Compréndalo usted. No tengo dinero y es muy urgente, pues mi madre se muere...

Me pareció que el muchacho hablaba sinceramente, que no mentía ni era un vulgar ladronzuelo como los otros que solían asaltar las dependencias de la Plaza, y comprobada la verdad de cuanto había dicho, yo mismo le regalé el dinero para la caja de inyecciones que necesitaba. Creo que fué una de las mejores acciones de mi vida, porque aquella noche dormí más satisfecho que nunca...

JUAN DE ALCARAZ

TEMAS TAURINOS

DE PODER A PODER

Por FELIPE SASSONE

El matador ha banderilleado su toro porque le gustaban las condiciones de su enemigo y desde el primer momento pensó llevar él solo toda la lidia, en todos los tercios; es decir—¡ay, Dios mío!—, en todos los cuartos, ya que no ceso en mi lamentación porque la han hecho cuartos.

El matador, que sabe la suerte de banderillar en todas sus formas y es banderillero completo y puede dar y tomar su salida por los dos lados, y cambiarse en él viaje, y en eso estriba la integridad de su destreza, ha parado tres veces al quiebro, dos por la derecha y una por la izquierda; y, para hablar con propiedad, diré que en el último no paró porque se le cayó un palo. De la ejecución nada hubo que pedir, que fué perfecta y muy aplaudida por el público; pero como al hombre le dolía en su amor propio el arpon de aquella banderilla que se clavó en el suelo, cuando el presidente cambiaba la suerte corrió a él con los brazos en alto pidiéndole que le dejara poner otro par.

El toro es noble, está fuerte de patas, embiste franco, derecho y con alegría, y el matador, aunque sabe que la suerte es completamente inútil, tiene seguridad, dadas las condiciones del toro y la confianza en sí mismo, de no pasarse en falso, y de que en nada perjudicará las condiciones de su enemigo con el último y adornado alarde.

El astado está en el tercio, detenido un punto, vueltos a las tablas los cuartos traseros, y agita dos o tres veces la cabezota enorme, pugnando en vano por desprenderse del morrillo las cinco banderillas que rizan bajo el viento sus papalillos de colores. Cornea al aire, muge y le sale humo del hocico, como en el alejandrino de Rubén Darío:

Buey que vi echando vaho en mi niñez un día.

El lidiador se ha ido a los medios de la Plaza a preparar el par de frente; da unos pasitos menudos, andando de costado, a derecha e izquierda, contoneando el cuerpo y agitando con leve ondulación los brazos para que la res iguale y se fije en él, y de repente el cornúpeto parte hacia él con toda su fuerza, y entonces, con supremo ímpetu valeroso, el banderillero, en vez de deshacer la suerte, corre hacia el toro, contra él, le gana el viaje midiendo admirablemente los terrenos, se para un instante cuando ha vencido la curva del obligado cuarteo, y sin dejar pasar la cabeza del toro, pero a favor del esorcio del bruto, que se tuerce para no dejarle pasar a él, levanta los dos palos, mira al morrillo por

entre la luz del arco que forman los brazos con las manos juntas por encima de su cabeza, y asomado, a la cuna, que hubiera podido ser lecho de muerto, clava las dos banderillas en las péndolas del bruto. Y sale por pies, airoso, ágil, seguro, camino de las tablas, mientras el toro, con los rehiletes onhiesos en el lomo, sigue hacia los medios robrincando y bramando. Ha sido un par legítimo y estupendo, de poder a poder, porque el toro se arrancó inesperadamente, cuando no lo esperaba el diestro, y éste, en vez de renunciar a la suerte, fué a ella, partió a su vez contra el toro,



a ver quién podía más. En el par que acabo de describir, y que es el legítimo de poder a poder, no hubo preparación y la suerte se produjo por decisión repentina y audaz del banderillero. El par de poder a poder auténtico es así, como la suerte de matar a un tiempo, en la cual, ante la inesperada embestida del toro, el diestro, en vez de pasarse sin herir, clava a todo trance y a todo riesgo.

Pero hay otro par de poder a poder, premeditado, obligado por el diestro, en que el banderillero provoca la arrancada del bruto para darse el gusto de ganarle después el viaje.

En esta suerte el torero alegra al toro de espaldas y corre delante de él para que se fije y lo persiga, y cuando el enemigo arranca, se vuelve el torero y, en lugar de seguir huyendo, sale a recibirle, mejor, a encontrarse con él, para ganarle por pies y realizar la conjunción del cuarteo.

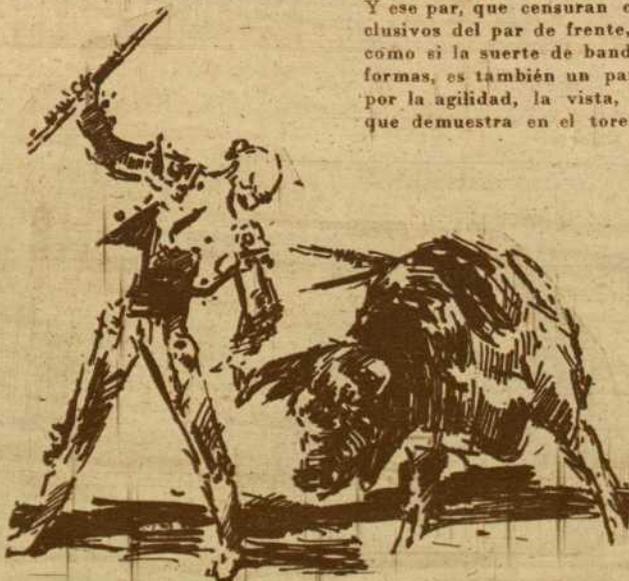
En la suerte de banderillas, que es la única que no ha sufrido transformación en el toreo moderno y que acaso ha venido a menos por el convencimiento justamente arraigado de que conviene casi siempre banderillar pronto aunque no se banderilles bien, la innovación del par provocando la arrancada constituye la única novedad.

La perfección de esta forma se debe a un gran torero inolvidable que murió en flor cuando estaba en el ápice de su maestría: he nombrado a Manolito Mejías Bienvenida.

El dejaba al toro solo, completamente solo en la Plaza, y luego saltaba el callejón de la barrera y corría por él, alegrando al bicho hasta que éste le seguía al hilo de las tablas, y entonces saltaba otra vez al ruedo, corría por el tercio, dejándose perseguir, y cuando el toro apretaba en su carrera, apretaba él también, saltándose a las afueras, ganando el viaje del toro, para cuadrar y clavar en los medios y volver a su terreno.

Y ese par, que censuran ciegos los adoradores exclusivos del par de frente, andando hasta la cara, como si la suerte de banderillas no tuviera otras formas, es también un par de mérito indiscutible por la agilidad, la vista, la destreza y el valor que demuestra en el torero y por el peligro que encierra. Y es también —cómo no!— porque se ejecuta, a ver quién puede más, un par de poder a poder.

En mi artículo anterior dije que hablaría de los grandes banderilleros idos que recuerdo y de los actuales que admiro; pero aun me falta hablar del par al sesgo, y lo dejaremos para otro día, que yo necesito escribir muchos artículos, y el calor ahoga y cansa andar, y los taxis me cuestan mucho dinero.

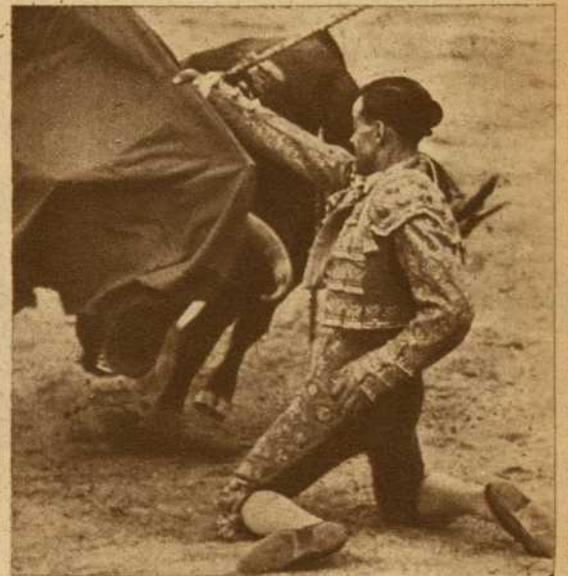


EL MARTES, EN MADRID

Seis novillos de Cruz para José PAREJO, Francisco BULLIDO y FARAON



Parejo, Bullido y Faraón antes de salir al ruedo



Parejo en un pase por alto con las dos rodillas en tierra

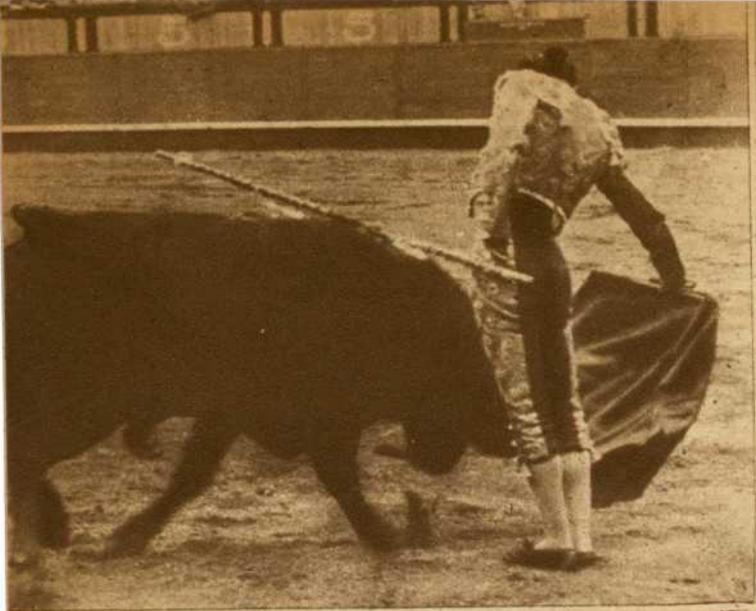


Bullido en un ayudado por alto a su primer toro



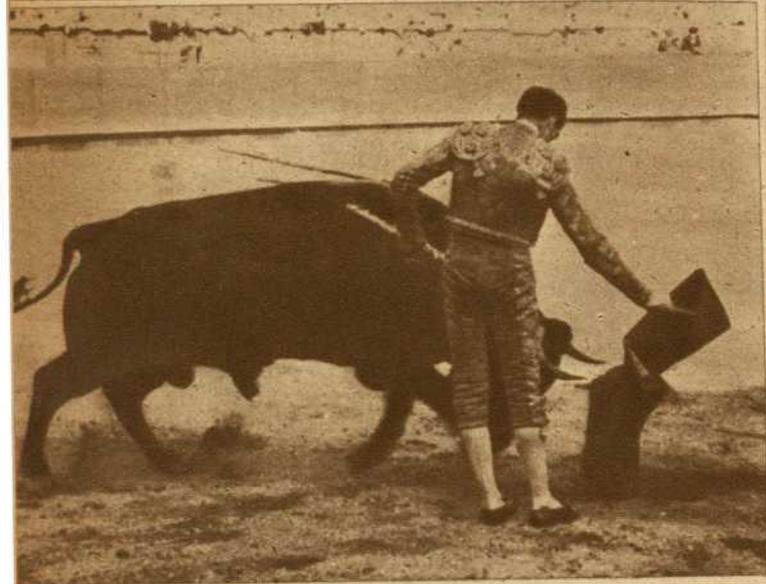
Faraón toreando por verónicas al toro de su presentación. (Fotos Baldomero.)

FERMIN RIVERA
Y
GREGORIO GARCIA
MATADORES DE TOROS, MEXICANOS
Apoderado: DANIEL ARGOMANIZ
Escosura, 51 Teléfono 45093 MADRID

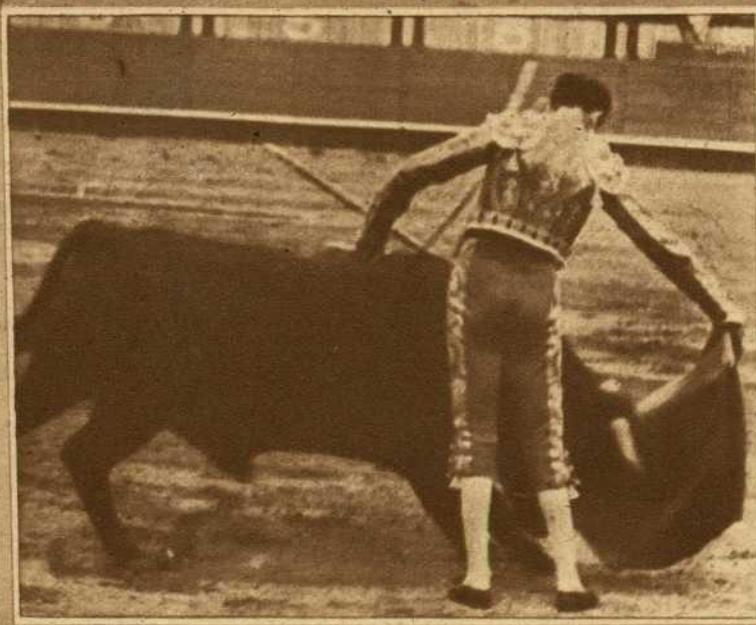


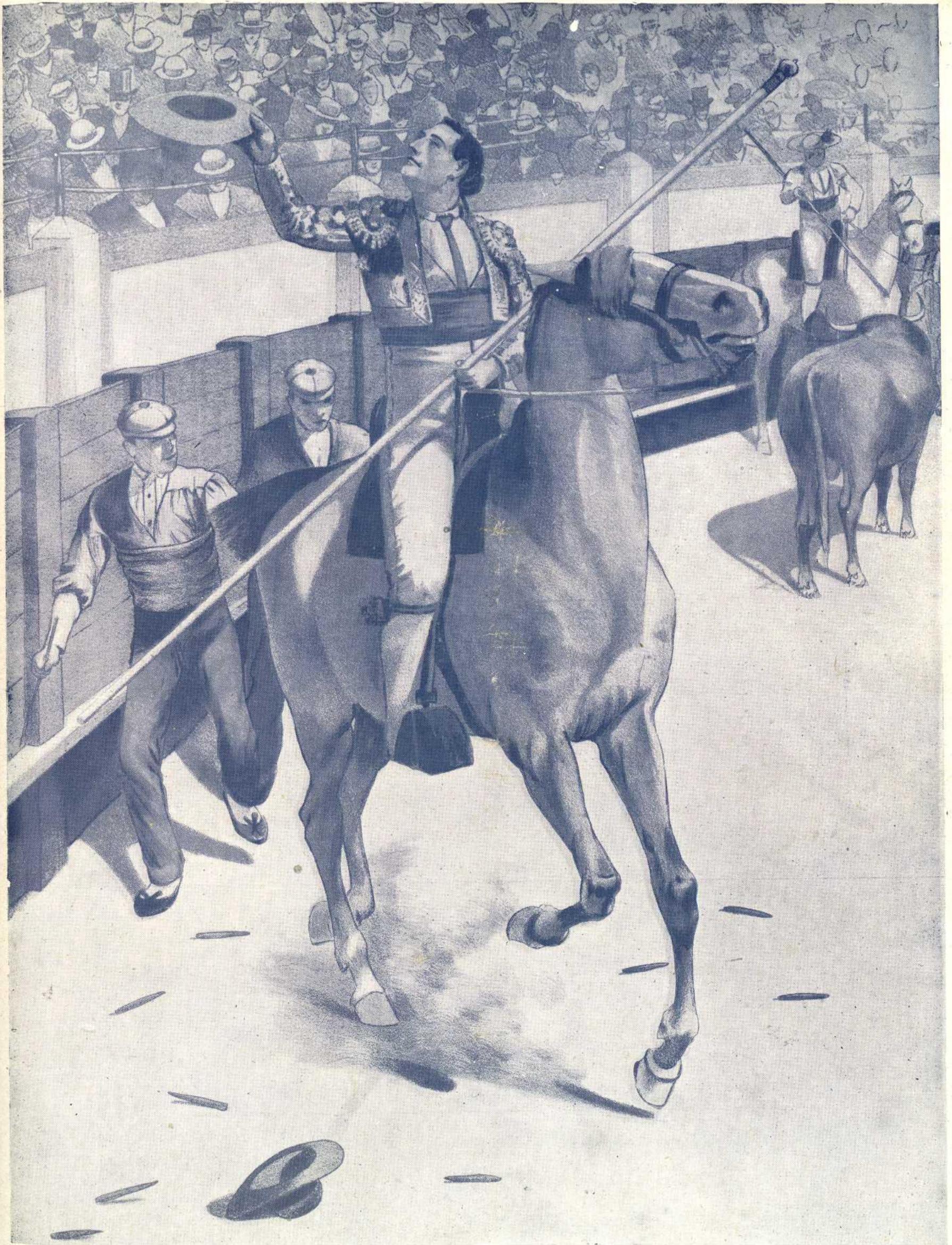
La Semana grande de San Sebastián

**EL ESTUDIANTE, MANOLETE, PEPE LUIS VAZQUEZ
Y JUAN MARI PEREZ TABERNERO**



Momentos gráficos de las corridas de la Semana grande donostiarra. De arriba abajo y de izquierda a derecha: El Estudiante, Manolete y Pepe Luis, en un pase en redondo con la derecha.—Manolete, saludando después de la muerte de su segundo toro.—Las cuadrillas antes del paseo.—Juan Mari P. Tabernero toreando de muleta.—Manolete en un característico muletazo.—Pepe Luis, cogido sin consecuencias, en el momento de ser asistido en el ruedo por los subalternos. (Fotos Marín.)





¡Vaya por ustedes!

(Dibujo de Perca)

